



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. I - Nº 6 Octubre de 2018



*Grandeza con afecto,
orden con bondad*

Una niña tan pequeña y ya tan gran santa

Sergio Hollmann



En esta fotografía a los ocho años de edad, Santa Teresita está mirando a un punto vago, indefinido, pero con una especie de contemplación elevada, afectuosa, respetuosa. En último análisis, es la mirada de un espíritu eminentemente contemplativo.

San Agustín en sus “Confesiones” decía acerca de sí mismo: “Era un niño tan pequeño y era ya tan gran pecador”. De ella se podría decir “Una niña tan pequeña, y ya era tan gran santa”. Porque su mirada tiene cualquier cosa que me cuesta expresar adecuadamente, pero que es aquel estado de alma puesto en cosas enteramente superiores. Fue una infancia probablemente consciente, meditada y racional.

Aquí está Santa Teresita del Niño Jesús con todo el tesoro de meditación que puede existir en el alma de una niña; ella vivió su infancia fiel a sí misma y continuó a ser ella misma hasta el apogeo de su madurez. ¡Es una cosa magnífica!

(Extraído de conferencia probablemente realizada en enero de 1968)

Sumario

Vol. I - No. 6 Octubre de 2018



En la portada, el Dr. Plinio en la década de 1990.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

- EDITORIAL**
- 4 *El reino del orden y de la bondad*
- PIEDAD PLINIANA**
- 5 *¡Gloria, alegría y honra de nuestro pueblo!*
- DOÑA LUCILIA**
- 6 *El mensaje de Doña Lucilia*
- DE MARIA NUNQUAM SATIS**
- 12 *Nuestra Señora Aparecida e Inmaculada Concepción*
- LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO**
- 15 *Relaciones sociales y relaciones mundanas*
- SANTORAL**
- 18 *Santos de Octubre*
- EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO**
- 20 *Importancia de la mirada*
- REFLEXIONES TEOLÓGICAS**
- 24 *La convivencia de los Ángeles*
- HAGIOGRAFÍA**
- 31 *San Aretas, firmeza y grandeza*
- APÓSTOL DEL PULCHRUM**
- 34 *Molduras que cantan*
- ÚLTIMA PÁGINA**
- 36 *¡Una devoción de lucha!*

El reino del orden y de la bondad

La extensión territorial de Brasil recoge en sí no solo una inmensa y multiforme riqueza de recursos naturales, sino, sobre todo, un universo de variados matices de personalidad. Así, vemos el perfil alegre de un nordestino, el espíritu emprendedor de un sureño o el charme de un carioca contemplando una de las más bellas bahías del mundo, como es la de Guanabara.

Con maneras de ser a veces tan opuestas entre sí, el brasileño es un pueblo unido que constituye armónicamente una sola nación. ¿Cuál es el trazo común que une personalidades tan distintas? ¿Hay en eso algún designio de la Providencia?

América Latina – comentaba el Dr. Plinio¹ – es una constelación de pueblos hermanos. En esa constelación, es inútil decir que las dimensiones materiales del Brasil no son sino una figura de la magnitud de su papel providencial.

La misión providencial del Brasil consiste en crecer dentro de sus propias fronteras, en desdoblar aquí los esplendores de una civilización católica apostólica y romana, y en iluminar amorosamente todo el mundo con la luminosidad de esta gran luz, que es verdaderamente el *Lumen Christi* que la Iglesia irradia.

Nuestra índole suave y hospitalaria, la pluralidad de razas de los que aquí viven en fraternal armonía, el concurso providencial de los inmigrantes que tan íntimamente se adaptaron en la vida nacional, y, más que todo, las normas del santo Evangelio, jamás harán de nuestras ansias de grandeza un pretexto para racismos necios, para imperialismos criminales. Brasil no será grande por la conquista sino por la Fe; no será rico por el dinero sino por la generosidad.

El brasileño tiene una peculiar capacidad de apreciar y, apreciando, asimilar, lograr síntesis, excelencias de los varios pueblos, y con esto, quedar con una forma de preeminencia que es la primacía del afecto, de la bondad, del modo paciente, calmo, comunicativo de hacer las cosas.

La Revolución armó la mentira de que el contra revolucionario no tiene eso, y que la bondad es un distintivo del liberal, pues consiste, en el fondo, en el permisivismo, en dejar que todo el mundo haga lo que quiera. Luego, quien quiere hacer leyes y normas, protegerlas con sanciones, establecer jerarquías, ese no tiene bondad.

Yo creo que la verdadera Contra-Revolución se caracteriza muy bien por inaugurar, junto con el reino del orden, el reino de la bondad, mostrando la compatibilidad existente entre ambas cosas, a tal punto que ninguna de las dos pueda suponerse sin la otra. Esa bondad es el propio modo de ser de la autoridad, del poder, de la riqueza, del talento, de la cultura que, cuando se desarrollan con coherencia, son ejercidos con bondad.

1) "O Legionário" 7/9/1942 y conferencia del 2/10/1982



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.

¡Gloria, alegría y honra de nuestro pueblo!

¡Oh María!, bendecidnos, colmadnos de gracias, y por encima de todas ellas, concedednos la gracia de las gracias: ¡Oh Madre, unid íntimamente a Vos este vuestro Brasil!

Volved siempre más maternal el patrocinio tan generoso que nos otorgasteis. Volved siempre más amplio y misericordioso el perdón que siempre nos concedisteis.

Aumentad vuestra largueza en lo que dice respecto a los bienes de la tierra, pero sobre todo elevad nuestras almas al deseo de los bienes del Cielo.

Hacednos cada vez más fuertes en la lucha por Cristo Rey, Hijo vuestro y Señor nuestro. De tal suerte que, dispuestos siempre a abandonar todo para serle fieles, se cumpla en nosotros la promesa divina del céntuplo en esta Tierra y de la bienaventuranza eterna.

¡Oh, Señora Aparecida!, Reina de Brasil, ¿con qué palabras de alabanza y de afecto saludaros al encerrar esta oración? ¿Dónde encontrarlas sino en los propios Libros Sagrados, ya que sois superior a cualquier alabanza humana? De Vos exclamaba proféticamente el pueblo elegido palabras que amorosamente aquí repetimos: *Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri (Jdt 15, 9).*

¡Vos sois la gloria, la alegría y la honra de este pueblo que os ama!

(Extraído del periódico "Última Hora" de Río de Janeiro, del 12/10/1983)





El mensaje de Doña Lucilia



Archivo Revista

Doña Lucilia, aunque vagamente, veía un gran futuro –providencial– para Brasil, envuelto en cierto misterio, pero que se podía medir por la homogeneidad de la Fe, por la inmensidad del territorio, por lo misterioso de los bosques y de los ríos, así como por una forma de bondad que ella sentía en este país, más que en cualquier otro, y que para ella era la gran cualidad religiosa

Dios le dio a Nuestra Señora el imperio del Cielo, de la Tierra y de todo el universo; y por una razón análoga quiso que bajo su poder hubiesen sub-imperios y sub-reinos.

*El Ángel de la Guarda
no sólo defiende contra
los peligros, sino también
educa, forma, orienta*

Los Ángeles de la Guarda tienen sobre los países que dirigen, una fun-

Vista de la ciudad de Río de Janeiro, Brasil



Thiago Tamura Nogueira

ción semejante a la que ejercen sobre las personas; esto se puede leer en aquella discusión de los Ángeles a los pies de Dios (*cf. Dan 10, 13*). Ejercen un papel en favor de cada una de esas naciones. Me parece que sería considerar de modo restringido el papel del Ángel de la Guarda, pensando que es solamente un escudo que nos defiende contra los peligros.

Además de proteger contra los peligros, es también un modelo ideal, un arquetipo de una nación; el Ángel de la Guarda la modela de acuerdo con él y tiene, – según imagino – cierta connaturalidad con esa nación, la cual no posee con otra, aunque en tesis pueda amarla.

Por ejemplo, Dios ama más a una nación “X”, digamos la hebrea. Pero el Ángel tiene cierta connaturalidad, por ejemplo, con Luxemburgo y ama a ese país de un determinado modo. Como resultado, conduce las cuestiones de Luxemburgo, no como un Ángel dirigiría las cosas en tesis, sino tomando en consideración su connaturalidad con esa nación que Dios estableció cuando la creó; y que más adelante, con el transcurso de la Historia, se constituyó en Luxemburgo.

Eso forma una especie de parentesco espiritual, de condición de “padrino” de este Ángel en relación a Luxemburgo, que da la idea entera del Ángel de la Guarda como siendo el Ángel que educa, forma, orienta.

Y así deben ser también ciertos Santos con determinadas almas, considerando que son llamados a llenar en el Cielo los lugares que los bandidos demonios dejaron vacíos. Los Santos seguramente llenan el lugar de los ángeles caídos y se encargan de cuidar a las almas y a los pueblos que quedarían abandonados y privados de protección por no tener a estos ángeles, según una destinación y una distribución eventualmente reformada por los designios de Dios. Al ver el pecado de los ángeles, el pecado original, etc., puede ser que el Altísimo haya retocado sucesivamente sus planes, pe-

ro en línea general esa es la realidad, y yo imagino que los Ángeles tienen esa realeza sobre los pueblos. Supongo que esa sea la Doctrina Católica.

El Fundador y el Ángel de la Guarda de una Orden religiosa

Lo poco que vi sobre los Ángeles y Santos protectores me parece caminar en esa dirección. Creo que la palabra “padrino” y el patrocinio de los Santos sobre alguien, son muy parecidos con el papel del Ángel, y puede haber Ángeles que dirijan, tengan cierto dominio sobre determinados pueblos, e incluso Santos que los poseen acumulativamente, pero sin que las funciones se borren.

Por ejemplo, San Miguel Arcángel es conocido como el patrono oficial de la Iglesia Católica, pero San José también lo es; ambos son patronos a títulos diferentes. Y esa misión que toca los pies de Nuestra Señora – tan excelsa es Ella – engloba ampliaciones y disminuciones armónicas, que aumentan la belleza del plan de Dios. No es fácil trazar con nuestro propio puño la línea divisoria, pero se comprenden los criterios con los que eventualmente ésta pudiese ser trazada.

Eso ocurre muy especialmente con las familias de almas de las Órdenes religiosas. El fundador de una Orden religiosa, si practicó la virtud en grado heroico, tiene sobre todos los miembros de esa Orden un patrocinio de esa naturaleza. ¿Quién habría de negar que San Benito es patrono y protector de los benedictinos? Así, sobre los franciscanos, dominicos, jesuitas y demás, se ejercen todos estos patrocinios.

De esta forma, se comprenden incluso los misterios de la vida de ciertas Órdenes religiosas, pensando en la batalla del fundador para mantenerlas fieles contra elementos malos que entran. Por lo tanto, el fundador, junto al Ángel o los Ángeles de la Guarda

de una Orden religiosa, se agrupan según ciertos designios de Dios.

María de Ágreda¹ dice que Nuestra Señora era acompañada por una escolta de mil Ángeles. Es evidente que entre esos mil Ángeles cada uno tenía una función propia, aunque yo no sabría explicar esa distribución.

Así pues, podemos comprender que una persona haya sido llamada en las condiciones de Doña Lucilia, para el patrocinio de una determinada familia de almas.

Ella tan sólo poseía una inteligencia e instrucción comunes a una señora culta, como lo eran en general las señoras de sociedad de su tiempo, nada más. Sin embargo, ella era inteligentísima en el



Ángel de la Guarda
Almeno San Salvatore,
Bérgamo, Italia



Dña. Gabriela y Dr. Antonio, padres de Doña Lucilia

sentido *minor*² de la palabra, lo cual envuelve una riqueza de alma muy grande, que es el conocimiento, y, como consecuencia, el amor a las cosas por connaturalidad, por la cual su inteligencia y afecto abarcaban un campo muy vasto.

Admiración por Francia

Yo analicé, sobre todo, el alma de Doña Lucilia y las reacciones de su espíritu, en lo tocante a Francia, y noté que ella sentía que ese país poseía y representaba por excelencia en su horizonte – que ella consideraba un

poco como horizonte del mundo, y de hecho lo era – una cosa que, por connaturalidad, para ella tenía el mayor valor: la delicadeza de sentimientos.

Pero, en esos sentimientos, ¿qué es la delicadeza y cómo los veía en Francia?

Para una persona en la que el conocimiento se hacía, sobre todo, por connaturalidad, había una cosa – no sé cómo mamá notaba eso en Francia – que era lo siguiente: discernir en las almas de los otros pueblos y naciones aquello que puede ser visto como sutil, requintado, y por en-

de despertando una forma de afectividad más penetrante, más delicada y que fácilmente se transforma en cariño, en deseo de sacrificarse, ayudar y favorecer. En resumen, un afecto que lleva a ver lo mejor de la persona en los lados por donde estaría más naturalmente expuesta a sufrir los golpes de la brutalidad, de la maldad, de la dureza y de la crueldad humana en todos sus aspectos.

De allí proviene la idea de que la persona, teniendo más desarrollados estos lados de alma más tiernos – que son los más preciosos, más sobresalientes y más plenamente existentes dentro de ella y que, por eso mismo, Doña Lucilia cultivó en sí misma –, sufre más con los golpes que lleva y es más sujeta a brutalidades inesperadas, pues, debido a su bondad, ella está normalmente desprevenida, por lo cual necesita un auxilio.

En consecuencia, ella sentía mucho que la cultura francesa ponía en evidencia esos lados del alma humana, y mostraba notablemente la dulzura. De esa forma, Francia creaba un tipo de ser humano que alcanzaba, bajo cierto punto de vista, su perfección, y una convivencia humana que también era perfecta, además del criterio de la medida que tanto se elogia en los franceses, y el sentido de la cordialidad, de la suavidad, del *charme*³. Mamá era muy sensible al *charme*, y un discípulo mío que haya sabido analizarla bien, debe haber notado que, en lo que puede haber respecto a una señora de 92 años, Doña Lucilia poseía mucho *charme*. El *charme* tenía para ella un papel enorme en la vida, y para mí, por ejemplo, ella poseía mares de *charme*, pero mares de *charme* que yo veía; sin embargo, muchos otros no los percibían.

Tengo certeza de que, si mamá viese los álbumes de Fabergé⁴ – que no era francés, eso es lo más gracioso, pero era remotamente descendiente de inmigrantes que fueron a Francia, y estuvieron anteriormente, si no me

equivoco, en Dinamarca, sin embargo quedó en él algo de la sangre francesa, pues Fabergé es Francia en su tinta – ella notaría en ellos una expresión de algo que debería estar en todas las almas, en todos los pueblos, pero que finalmente vino a luz enteramente en Francia, para bien del género humano. Y el género humano debería hacer en relación a Francia, lo que ella hacía en larga medida: mirar, admirar, dejarse llenar y modelar por eso.

Dificultades con relación a Alemania; aprecio por España y Portugal

En este sentido, Doña Lucilia no supo ver bien Alemania: interpretaba la ofensiva alemana contra Francia como el ataque de la brutalidad militarista contra el *charme* francés. No conseguí que lo viese de otra manera, intenté explicarle, pero eso permaneció radicado en su espíritu. Mamá conoció Alemania poco antes de la I Guerra Mundial, y ya estaba prevenida de la ofensiva de los cascos de acero contra la dulce Francia, lo cual no podía ser, y corría el riesgo de destruir Francia; íera un crimen de matar a la humanidad!

Además, algunos alemanes – médicos, enfermeros, etc. – habían sido violentos con ella de un modo inimaginable.

Su cirujano, que era el médico del *Kaiser*, hizo la brutalidad de contarle, cuando estaba recién operada, que había visto al *Kaiser* trabajando. Que estaba organizando una ofensiva alemana contra Santa Catarina, Brasil, y que ya estaba todo preparado...

Es algo incomprensible: un cirujano de fama mundial decirle eso a una enferma tres o cuatro días después de una operación con gran riesgo de vida... No debería haberle contado eso nunca, no había necesidad. Entra una punta de fanfarroñada, que mamá notó, así como los otros circunstantes. Yo nunca conseguí quitarle eso de la cabeza.

Así, ella acompañó la Guerra Mundial en este prisma; un prisma casi de cruzada a favor de la delicadeza humana contra la brutalidad.

¿Era una manía? No, era una conaturalidad de altas cualidades de Doña Lucilia y de un elevado modo de ver las cosas. Y creo que fue la Providencia quien la modeló para ser así; se nota que en esto entró mucha influencia de su padre, al menos como ella lo contemplaba, y también de su madre, como ella la veía.

Pero, por ejemplo, delante de la fuerza de España, del salero español, de la gracia española, etc., en los que mamá podría ver algo de contundente, ella no tenía nada de eso, sabía contemplar lo heroico, lo batallador, lo garboso, etc. Aunque no fuese su luz primordial, a ella todo eso le gustaba mucho, lo comentaba varias veces, lo consideraba interesante; ella apreciaba mucho las costumbres regionales españolas, sin insistencia, sin obsesión, francamente receptiva.

Ella tenía, además, una gran propensión hacia Portugal, pero una propensión afrancesada, es decir, destilando de Portugal el hombre lúgubre, pesado, tosco, etc., – para con el cual ella sonreía, como lo haría viendo en un gran oso el fondo bueno – y apreciaba enormemente la cultura portuguesa, la Torre de Belén, las saudades portuguesas, los aspectos dulces del alma portuguesa, donde veía tanta afinidad con el alma francesa. Aunque según su apreciación, el portugués era inferior al francés, como lo era el mundo entero, ella veía que en el portugués había una riqueza de afectividad que, de esa manera, yo nunca la vi elogiar en Francia. No sé si ella se percataba, pero eso brotaba especialmente de su modo de ser brasileño.

Amor a la Iglesia Católica

La moda francesa es muy exigente, hasta en los últimos pormenores, y en materia de trajes, mamá era muy deta-

llista, muy exigente, en nada semejante a mi relajamiento en ese sentido. Pero se trataba de una exigencia sin “janseñismo” y sin maldad, una exigencia llena de bondad, porque ella veía en aquel amor al primor y a la perfección un deseo de volverse agradable. Es como una ama de casa que exige que la cocinera haga cierta receta con todo cuidado, para que ella pueda recibir de la mejor forma a los huéspedes; entra una *douceur de vivre*⁵ en eso.

Por ejemplo, cuando mi hermana y yo éramos pequeños, en su desvelo hacia nosotros, mamá de vez en cuando nos hacía juguetes; ella a veces trabajaba hasta dos o tres horas de la mañana



Lucilia cuando niña



pintando figuritas de papel y cosas así, con esmeros y cuidados únicos. Mandó a hacer en una carpintería una casa de muñecas para Rosée, con mueblecitos comprados en una tienda de juguetes, con estilos enteramente afines, con cortinitas, etc., todo imaginado por ella.

Pero de esa exigencia emanaba afecto y era hecha por dulzura y para producir dulzura; en eso ella sabía ser muy exigente.

Antes de tratar de Brasil, consideremos cómo Doña Lucilia veía la relación Francia-Iglesia. Yo tengo la impresión de que ese problema nunca se le presentó claramente. Debido a su devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a lo que había en ella de entrañablemente católico, mamá sentía en Él, por connaturalidad, el océano superlativo y trascendente de todo lo que ella amaba en Francia; ella lo sentía en el Sagrado Corazón de Jesús y en la Iglesia Católica. De allí provenía un afecto enorme a la Iglesia Católica, pero era un afecto semejante al de una persona al cielo material. Un individuo educado en aquellas minas subterráneas de carbón tiene, con relación al cielo, una admiración que en cierto modo proviene de la privación; una persona que nació naturalmente, como nosotros, mirando hacia el cielo, posee una admiración muy grande, pero que no es el resultado de la privación, por lo cual tiene un matiz diferente.

Doña Lucilia no imaginaba cómo podía ser una vida o un alma fuera de la Iglesia Católica; era algo inconcebible. Así como poseía cuerpo y alma, ella tenía Fe; era un elemento incorporado a ella, no cabe duda. Indagar si ella tenía alguna tendencia al materialismo es una pregun-



Fotografía de Rosée y Plinio, tomada en París

ta que no se plantea, no vale la pena perder tiempo en hacerla.

En Brasil, Doña Lucilia sentía la bondad más que en otros países

Esas almas que tienen un conocimiento sobre todo por connaturalidad, no son muy expresivas, ellas comunican mucho por connaturalidad, pero no por explicitación.

Por ejemplo, el modo de hablar de Doña Lucilia, las inflexiones de su voz, contenían definiciones – parece una exageración, pero no lo es – que ella no sabría explicitar, pero estaban en su naturaleza, iluminada por la gracia, y mamá transmitía todo muy ordenadamente.

Y ella mostraba que era brasileña de la siguiente manera:

Para mamá, el modelo del brasileño – ella tenía cierta razón en lo que decía – era su padre. Pero también era el modelo del hombre justo, conforme a Nuestro Señor Jesucristo,

virtuoso y bueno, con quien ella poseía una confianza, una admiración y un encanto completos.

En ese hombre, aunque mencionase sus aspectos más varoniles, únicamente como marco, ella resaltaba la bondad de alma, contando hechos realmente insignes. Se notaba que ella creía que toda la nación brasileña era así; su padre era, por tanto, un caso más característico, más notorio de gente que había a montones en Brasil; y esa gente era desinteresada, de visión amplia, amena, generosa, y tenía un mecanismo de interrelaciones psicológicas colosal, abierto a todos los países del mundo, más aún que Francia. En ese punto, mamá tenía cierta restricción con Francia, considerando su actitud en relación a los otros países un poco mezquina, ácida, lo cual después se acentuó mucho en ese país.

Doña Lucilia veía vagamente un futuro enorme para Brasil, envuelto en cierto misterio, providencial, pero que se podía medir por la homogeneidad de la Fe, por la inmensidad del territorio, por lo misterioso de las florestas, selvas y ríos, así como por una forma de bondad que ella sentía en este país más que en cualquier otro, y que para ella era la gran cualidad humana e incluso la gran cualidad religiosa.

Eso sería la explicación de la psicología de Doña Lucilia. También tengo la impresión de que esa explicación es enteramente conforme a la Moral y a la Doctrina Católica, vistas ampliamente.

Ella notaba mucho que en el cariño que yo tenía hacia ella había una inmensidad de consonancia en ese sentido, y desde pequeño fui muy afín con

ella. Yo nací muy débil, muy frágil, y ella naturalmente hizo esfuerzos no sé de qué tamaño para volverme saludable. ¡Lo que ella realizó fue simplemente colosal! Pero ella sentía la plenitud con la que yo le respondía, y consentía completamente en ese punto.

Yo pensaba que completaba su alma haciéndola admirar eso y me inclinaba hacia una tesis mía que nunca le desarrollé: que las dos partes del alma humana eran Alemania y Francia. Pero no llegué a decírselo porque las brutalidades que mamá sufrió fueron tales que no entendería.

Efecto de Doña Lucilia sobre las almas

De Luis XVI y María Antonieta, por ejemplo, ella tenía mucha pena y solidaridad, pero veía mucho en las monarquías y en las aristocracias el aspecto *raffiné*, amable, bondadoso y cortés. Y en lo personal de la época del Terror (durante la Revolución francesa de 1789) ella observaba el lado brutal, sanginario, inhumano; una vez más era la ferocidad humana mostrándose en

otro aspecto, más execrable todavía: el lado igualitario y ordinario. Para ella, provenía de allí un horror hacia los que quebraron aquel antiguo régimen en el cual ella no veía un régimen de opresión, sino, por el contrario, de *douceur de vivre*, de refinamiento. Y tenía toda la razón, estaba muy bien formulado, se comprende bien.

Un ejemplo de eso está en su alegría al ver que yo había apreciado Versailles y en cuánto le gustaba contar nuestra visita allá. Pero no era por mundanismo, para decir que ella tenía un hijo de buen gusto, no; era porque apreciaba Versailles.

No hay duda de que esas características se encuentran en nuestra familia de almas. Si no se encuentran más es por culpa nuestra, y esta familia de almas sería mucho más si fuese notoriamente así.

Acentúo esta forma de bondad, como mamá la veía, porque si prestamos atención, toda la acción que ella ejerce sobre las almas se basa en tratarlas con esa bondad, con la intención de que se vuelvan así, buenas entre sí. Por lo tanto, analizando el efec-

to de ella sobre las almas, las gracias que obtiene y el efecto de su presencia espiritual sobre nosotros, notamos que va continuamente en esta dirección; no hay un minuto en el que ella no transmita esto, que es, por así decir, el mensaje de mamá. ❖

(Extraído de conferencia de 18/1/1986)

- 1) Religiosa concepcionista, escritora mística, abadesa del convento de Ágreda en España (*1602- †1665).
- 2) Palabra latina: menor
- 3) Del francés: encanto, atracción, atractivo.
- 4) Peter Carl Fabergé, conocido también como Karl Gustavovich Fabergé (1846 - San Petersburgo, Rusia - 1920, Lausana, Suiza), fue un joyero ruso. Es considerado uno de los orfebres más destacados del mundo, que realizó 69 huevos de Pascua entre los años 1885 a 1917, 61 de ellos se conservan. A ellos se refieren los álbumes de que habla el Dr. Plinio.
- 5) Del francés: dulzura de vivir.
- 6) Del francés: delicado, distinguido, elegante



Aspecto de una calle de la Berlín imperial en la época en que la familia Ribeiro dos Santos la visitó



Nuestra Señora Aparecida e Inmaculada Concepción



La lucha que, durante siglos, hubo entre los que se oponían tenazmente a la Inmaculada Concepción y los que la defendían, expresa de cierta forma el combate entre revolucionarios y contrarrevolucionarios. Brasil, teniendo como Patrona la Inmaculada Concepción Aparecida, tiene una vocación contrarrevolucionaria. Y llegará el bendito día en que será una gran nación esclava de su Reina y Señora.

La devoción a Nuestra Señora Aparecida, de hecho, se refiere a una imagen de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción que recibió el título de “Aparecida” porque apareció en el Río Paraíba, y fue recogida por pescadores en dos lances de red diferentes: primero vino el cuerpo de la imagen de barro y después la cabeza.

Disputas internas en la Iglesia a propósito de la Inmaculada Concepción

Entonces, el título de Nuestra Señora Aparecida es una especie de segunda invocación o de segundo título que se inserta, a la manera de una rama, en el tronco principal que es María Santísima en cuanto conce-

bida sin pecado original, es decir, la Inmaculada Concepción.

El hecho de que esa imagen haya aparecido en el siglo XVIII, cuando Brasil aún era colonia, tiene un significado muy grande para nosotros. Durante mucho tiempo, desde los inicios de la Iglesia hasta el pontificado de Pío IX, entre los teólogos fue discutido si se podría afirmar como dog-

ma de Fe que Nuestra Señora había sido concebida sin pecado original.

Muchos teólogos sustentaban que esto se deducía de las Sagradas Escrituras y, sobre todo, de la Tradición de la Iglesia.

Entretanto, había teólogos que creían lo contrario, que Nuestra Señora no estaba exenta del pecado original.

En la Iglesia los espíritus más “mariales”, los más devotos de la Virgen, siempre sustentaron que Ella no había sido concebida con pecado original. Con el pasar de los siglos se fue consolidando la corriente a favor de la Inmaculada Concepción, siendo este tema objeto de muchas disputas internas en la Iglesia, a tal punto que, 150 o 200 años antes de Pío IX y de la definición del dogma, la cuestión ya estaba tan clara que todo mundo con buen espíritu defendía la Inmaculada Concepción de María.

Así, se habían diferenciado completamente dos corrientes dentro de la Iglesia; y ser favorable a la Inmaculada Concepción era una señal, un distintivo del espíritu contrarrevolucionario de aquel tiempo. Y Brasil fue colocado bajo el patrocinio de esta devoción, entonces contrarrevolucionaria, exactamente a partir de aquella época.

Esto indica una vocación contrarrevolucionaria de Brasil, que no podemos dejar de notar con reconocimiento a propósito de esta fiesta.

San Antonio de Sant'Ana Galvão fue esclavo de Nuestra Señora

Por otro lado, una cosa curiosa que yo supe recientemente es la siguiente: la esclavitud a Nuestra Señora, enseñada por San Luis María Grignion de Montfort, también entró en Brasil mucho más temprano de lo que se suponía.

Cuando yo era pequeño nunca había oído hablar de la esclavitud a Nuestra Señora, y sólo tomé conocimiento de esta esclavitud cuando compré el “Tratado de la Verdadera Devo-

ción a la Santísima Virgen”, en francés; y después conocí algunas personas que hablaban de la esclavitud a Nuestra Señora porque habían leído el “Tratado”, también en francés. Así me quedé con una vaga impresión, difusa, de que en Brasil no hubo esclavos de María Santísima antes de la penetración del libro de San Luis Grignion de Montfort en este país.

Otro día, leyendo la biografía de Fray Galvão – por cierto, una vida muy bonita y llena de pormenores interesantes –, franciscano que murió en olor de santidad¹, fundador del Convento de la Luz², donde fue sepultado, encontré la fotocopia de un acto por el cual se constituía esclavo de Nuestra Señora, y hay trechos enteros sacados del “Tratado de la Verdadera Devoción”.

Se ve que adaptó un poco la consagración de San Luis Grignion, pero en lo esencial es enteramente aquello. Es una consagración muy larga, tal vez más extensa que la de San Luis María Grignion de Montfort, y que llena, en su caligrafía muy pequeña, creo que los dos lados de una hoja de papel amarillenta, que está expuesta en el actual Museo de Arte Sacra, contiguo al Convento de la Luz [en San Pablo].

Tuve la alegría de saber que Nuestra Señora ya tuvo esclavos muy an-

teriormente a nosotros, y que este País, donde la propensión sobrenatural para la devoción a María Santísima es una de las bendiciones existentes, tal vez haya tenido, desde el inicio, esclavos de Nuestra Señora viviendo aquí y preparando una gran nación esclava de su Reina y Señora.

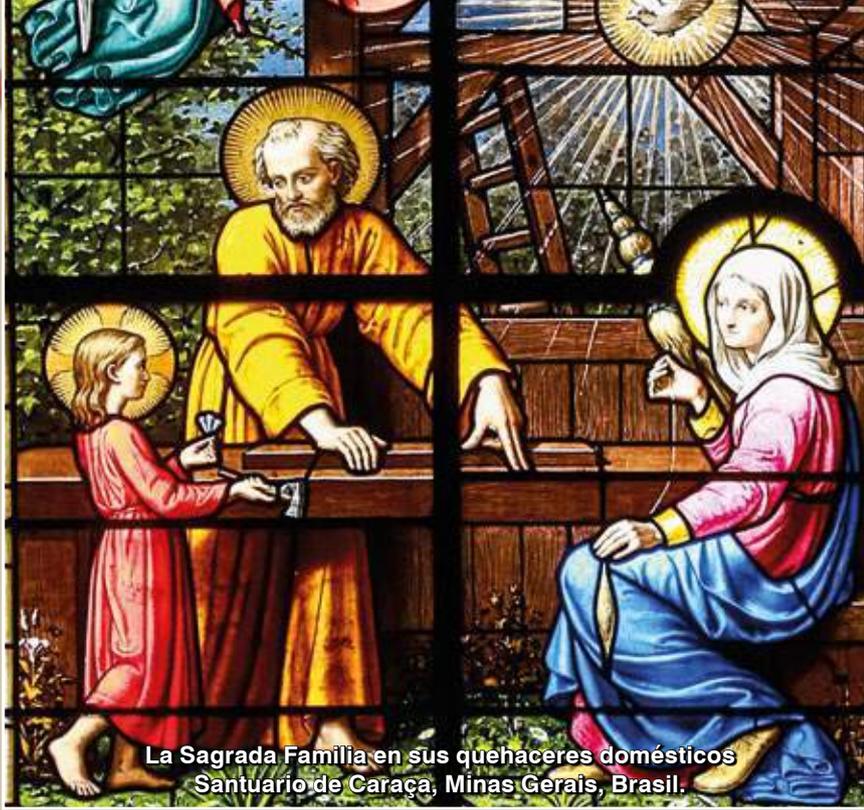
Estas consideraciones hechas de paso a respecto de la fiesta de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida nos llevan, entre tanto, a profundizar un poco más los comentarios sobre el dogma de la Inmaculada Concepción.



Joao Paulo Rodrigues



Joao Paulo Rodrigues



La Sagrada Familia en sus quehaceres domésticos
Santuario de Caraça, Minas Gerais, Brasil.

Efectos del pecado original

Hay quienes confunden la Inmaculada Concepción con otro predicado muy noble de Nuestra Señora, pero que es diferente de aquel: la virginidad de María Santísima antes, durante y después del parto, que es dogma de Fe.

La Inmaculada Concepción tiene el siguiente sentido: habiendo pecado Adán y Eva, y siendo ellos, en la presencia de Dios, los padres del género humano, teniendo en sí, por lo tanto, todo el género humano en sí como, por ejemplo, la semilla contiene el árbol, sucedió que aquel pecado recayó sobre toda la humanidad.

Es más o menos lo que pasa cuando el padre o la madre contraen una enfermedad muy mala – puede ser que ellos no tengan culpa, pero el hijo acaba naciendo con esta enfermedad. Así nosotros nacemos con el pecado original.

Los efectos del pecado original en el hombre son tremendos. Todo el prosaísmo que existe en la naturaleza humana, todo aquello que causa repugnancia, asco en el hombre, por ejemplo, es efecto del pecado original. Nosotros no sabemos cómo funcionaba el organismo antes del pecado original, pero es seguro que nada de lo que se daba antes en el orga-

nismo humano era repugnante como las cosas después del pecado.

Los Santos muchas veces acentuaban la miseria de la condición del hombre después del pecado, como un cuerpo que de sí, continuamente, produce inmundicias. Esto es verdad, y es una de las notas más humillantes de la condición humana. Todo lo que sale del hombre es desagradable, lo tomamos como suciedad, desde el llanto hasta el sudor, etc., porque viene cargado del prosaísmo de este cuerpo que tiene la mancha del pecado original.

El hombre se volvió sujeto al dolor, a la enfermedad, a la muerte después del pecado original. Y sometido al error; el hombre no erraba antes del pecado original, no había en él esta oposición entre la sensibilidad, de un lado, la inteligencia y la voluntad, del otro.

Tantas veces deseamos algo que nuestra inteligencia muestra que es reprochable, y de ahí surge la necesidad de que nuestra voluntad se mueva en un combate para prohibir a nuestra sensibilidad de aquello que la inteligencia indica que es malo.

Nada de esto existía en el hombre antes del pecado original, y el ser humano era una creatura absolutamente superior, de cuya perfección no tenemos idea.

Si un hombre concebido antes del pecado original llorase, su llanto sería perfumado y bonito, y nunca una de las inmundicias de la Tierra. Su cuerpo no exhalaría nada sucio; en fin antes del pecado original el hombre no tendría todas las mil miserias que nos afligen.

Un problema psicológico

Entonces, por detrás del pecado original y de Nuestra Señora, se ponía el siguiente problema, que tiene un valor no tanto teológico pero sí psicológico: ¿Cómo era la Santísima Virgen María? Por ejemplo, ¿Ella estaba en la contingencia de un resfriado? ¿Tendría nuestras debilidades físicas?

No había dentistas en aquel tiempo. Pero, ¿podemos imaginar a Nuestra Señora yendo a un dentista, si hubiese? ¿O consultando un médico, porque tenía, por ejemplo, un cálculo en los riñones? En aquella época el médico era un poco más que un curandero, pero ya se creía muy seguro de su arte.

Si imaginásemos a la Virgen María así, nuestra idea a su respecto disminuiría o nuestro rechazo en relación a esas miserias del hombre decrecerían, y sentiríamos menos que ellas son efecto del pecado.

No quiero decir que todo mundo que fue contra la Inmaculada Concepción tenía este mal espíritu, pero quien poseía mal espíritu era propenso a ser contrario a la Inmaculada Concepción. Se comprende ahí el problema psicológico que se pone.

Se entiende también qué especie de familia de almas combatió tenazmente la Inmaculada Concepción hasta el final, y se nota algo del sentido revolucionario y contrarrevolucionario de esta lucha. ♦

(Extraído de conferencia de
12/10/1970)

1) Canonizado el 11/5/2007

2) Situado en São Paulo, en el barrio de la Luz.



Relaciones sociales y relaciones mundanas

Desde la más primitiva tribu aborígen hasta la más refinada Corte, toda colectividad humana forma de sí misma una concepción de sus propias características y de sus aspiraciones. Esto podría constituirse para cada quien dentro de esa colectividad, en la ambición de vivir mundanamente.

Donde existan hombres reunidos, se forma siempre una especie de opinión dominante que es propiamente lo “mundano” en aquel grupo de individuos. Aunque sea respecto a lo menos mundanal en el sentido corriente de la palabra, o lo menos parecido con mundanismo¹, este sopla como tal.

Mundanismo: una concepción de determinada sociedad

Por ejemplo en ciertas tribus aborígenes que usan una madera dentro de los labios: si esto corresponde a un cierto modo del sentir y ver de ellas, y les representa el tipo humano aceptado y considerado por la mayoría, esto es mundanismo.

Este comienza por ser una concepción y representación de un determinado tipo humano, que colectivamente se considera el género de persona – al menos en una colectividad – que se



NYPL (CC3.0)

Caballero medieval español



debe ser. Sería algo así como un imán que atrae a todo ese grupo humano, que lo mantiene unido y sobre el que flota el consenso de que ese es el tipo humano perfecto que aquella colectividad debe realizar. Pero sucede que a veces es “perfecto” según un concepto equivocado.

Cuando se define un tipo humano que no se forma en función de cualidades sino de defectos, o de un *popurrí* de las cualidades y los defectos de una colectividad, los defectos tienen más dinamismo que las cualidades, debido al pecado original; y sucede que este tipo humano sopla de modo persecutorio contra quien no quiera aceptarlo. Si alguien rechaza aquel tipo humano, será mal visto y perseguido; si se aísla y lleva una vida separada, inclusive asimismo también es perseguido. Porque él no puede ser como una piedra colocada en medio de un río contra las aguas, rasgándolas.

Cuando se trata de una persecución directa de defectos contra cualidades, es decir cuando los buenos tienen ya un tipo humano y los malos otro, se presenta entonces el soplo de la moda, del mundanismo: son los malos; y tenemos también el soplo de la Contra-Revolución²: son los buenos.

Entonces ¿Qué es mundanismo? *In genere*, es el tipo humano preponderantemente malo que sopla contra el tipo humano bueno que quiere resistir.

El mundanismo y su oposición al espíritu guerrero

Específicamente, el mundanismo es un determinado tipo humano que ya conocemos, y que data de la época en que todo mundo colocó como ideal gozar la vida terrena. Es el molde capaz de formar por ejemplo el tipo humano consumidor, para obtener el goce y el deleite continuo en la vida aquí en la tierra. Tipo humano siempre alegre, holgazán y despreocupado, cada vez menos medieval, menos heroico, hasta hacer desaparecer el heroísmo. Ahora bien, donde se acaba el heroísmo, no queda apenas sino el puro y regordete estado de gozar la vida.

Esto ha suscitado un período histórico contra el cual el sub-consumismo “staliniano” y “fidelastrista” es una falsa extrema reacción opuesta. Porque el mundanismo es el soplo humano superficial y consumista, y su oposición es el espíritu de cruz, el ideal metafísico, batallador y guerrero de la Edad Media.

Es consecuencia lógica que el tipo humano superficial termine siendo relativista, porque no quiere saber de otra cosa. En cuanto que el tipo humano no superficial, tiende para la afirmación de la verdad absoluta. Y cada uno busca radicalizarse en su propia posición.

Teóricamente, el tipo humano correspondería al promedio de la opinión general, pero realmente no lo es por lo siguiente: el hombre, sea de la escuela que sea, cuando opta por una posición, adhiriendo de veras a ella, tiende a la radicalidad. Pero esa radicalidad -que sería el resultado de su inclinación- será mayor o menor conforme haya sido su adhesión.

Generalmente, las mayorías no tienen inclinaciones vivas, y poseen una tendencia para la inercia que es como que combatida y atraída al mismo tiempo por un tipo humano. Las mayorías en promedio son bien inferiores al tipo humano. Sin embargo el asunto no es tan simple, pues el promedio humano no es tan compactamente promedio como parece. En cuanto promedio, tiene horas en las que desea mucho la radicalidad y le gustaría que en alguna medida fuese arrastrado hacia ella, aunque sea solamente por admirarla. Y es por esta razón que siempre es arrastrado - más lejos de lo que él iría por sí mismo - por los que son peores que él, lo que a la larga es precisamente lo que está queriendo.

La soledad se establece sobre todo cuando el tipo humano verdaderamente católico, queda solo en relación al tipo humano en vigor que es velada o claramente anti-católico. Así por ejemplo, el católico auténtico podría sentirse aislado incluso estando rodeado de otros católicos. Esto no sería una clase de aislamiento total pero no menos doloroso de que si estuviera viviendo entre paganos. Mucho más cuando los tipos humanos anticatólicos son de una agresividad muy grande pero velada con cierta dulzura.



Líderes indígenas durante una reunión en Brasília, Brasil



Torneo entre Caballeros en el siglo XV

El inter-relacionamiento dentro de las sociedades

En lo que se refiere a la formación de un tipo humano, esto depende de las circunstancias, pero es un fenómeno tan importante que raras veces deja de ser verdad que en alguna medida, la Providencia y el demonio actúan por detrás y por dentro de esas circunstancias. Sin duda existe algo así como una automaticidad, pero condicionada a aquella actuación.

Respecto a este asunto existen dos categorías de actitud: una es la de la sociedad o colectividad que está a la procura de su tipo humano y aunque no lo encuentra todavía, sabe que lo está buscando.

Otra actitud es la de un conjunto de individuos que sin percibir-

lo acuerda un concepto y se enrumba en esa dirección. Por ejemplo un grupito de muchachos de barrio que se integran y a veces se entrelazan mucho durante su tiempo de niños, de manera muy intensa y en torno a algunas cosas que son nexos espontáneos, traídos por circunstancias alrededor de algo que es como que un tipo humano subconsciente y al cual todo el grupo tiende a realizarlo, aunque ese tipo humano en vista sea el de la inercia y la dejadez.

Siendo el alma humana como es, y puestas las almas en contacto y entre sí, llevadas por el instinto de sociabilidad, este coordina todos esos fenómenos. Hay por lo tanto reglas fundamentales, simples y primarias que explican el desenvolvimiento del inter-relacionamiento dentro de las

sociedades. Respecto a esto en concreto, podemos tratar en otra ocasión. ♦

(Extraído de conferencia del 18/V/1989)

- 1) Mundanismo puede ser una derivación de “mundano”. La palabra equivalente en castellano sería “mundanidad”. Optamos por conservarla en portugués por ser de uso más frecuente en el lenguaje corriente de los discípulos y seguidores del Dr. Plinio e incluso como neologismo en algunos diccionarios castellanos.
- 2) En el sentido del libro “Revolución y Contra-Revolución”. Contra-Revolución es la defensa de los valores cristianos de nuestra civilización: Tradición-Familia-Propiedad.



SANTORAL

1. Santa Teresa del Niño Jesús, virgen y Doctora de la Iglesia († 1897). *Ver página 2.*

2. Los Santos Ángeles de la Guarda. *Ver página 24.*

Beato Antonio Chevrier, presbítero († 1879). Fundó en Lyon, Francia, la Obra de la Providencia del Prado.

3. Bienaventurados Andrés de Soveral, Ambrosio Francisco Ferro, presbíteros, y **compañeros**, mártires († 1645).

San Cipriano de Toulon, obispo († d. 543). Discípulo de San Cesáreo de Arlés defendió en varios concilios la verdadera fe sobre la gracia.

4. San Francisco de Asís, religioso († 1226).

Santa Áurea de París, abadesa († c 666). Superiora del Monasterio de San Marcial, en París, donde vivían cerca de 300 vírgenes bajo la regla de San Columbano.



San Juan de Capistrano

5. San Benito, el Negro, religioso († 1589).

Santa María Faustina Kowalska, virgen († 1938). Religiosa de las Hermanas de la Bienaventurada Virgen María de la Misericordia, que trabajó mucho en Cracovia, Polonia, para manifestar el misterio de la Misericordia Divina.

6. San Bruno, presbítero y eremita († 1101).

Beato Adalberón de Wurzburg, obispo († 1090). Fue perseguido por los cismáticos y expulsados de su diócesis de Wurzburg, Alemania, por haber defendido la Sede Apostólica.

7. XXVII Domingo del Tiempo Ordinario.

Nuestra Señora del Rosario.

San Marcos, Papa († 336). En su corto pontificado instituyó el palio, hizo el primer calendario de las fiestas religiosas y mandó construir las Basílicas de San Marcos y de Santa Balbina.

8. Beatos Juan Adams, Roberto Dibdale y Juan Lowe, presbíteros y mártires († 1586). Muertos después de sufrir atroces suplicios, en el reinado de Isabel I.

9. San Dionisio, obispo, y **compañeros**, mártires († S. III).

San Juan Leonardi, presbítero († 1609).

10. San Pablo de York, obispo († 644). Monje y discípulo del Papa Gregorio Magno, enviado a predicar el Evangelio en Inglaterra. Bautizó al rey de la Northumbria, sus dos hijos y muchos otros nobles.

11. San Anastasio, presbítero († 666). Compañero de San Máximo, el Confesor, en la defensa de la Fe y en los sufrimientos. Murió exiliado en las montañas del Cáucaso.

12. Solemnidad de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida. *Ver página 12.*



San Bruno

El Beato Pacífico Salcedo Puchades, religioso y mártir († 1936). Hermano lego capuchino fusilado en Massamagrell, cerca de Valencia.

13. San Venancio de Tours, abad († s. V). Con el consentimiento de su esposa, ingresó en el Monasterio de San Martín, en Tours, a fin de vivir sólo para Cristo.

14. XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Calixto I, Papa y mártir († c 222).

Beatos Estanislao Mysakowski y Francisco Roslaniec, presbíteros y mártires († 1942). Muertos en la cámara de gas en Dachau, Alemania.

15. Santa Teresa de Jesús, virgen y Doctora de la Iglesia († 1582).

Santa Tecla de Kitzingen, abadesa († c 790). Religiosa benedictina de Wimborne, Inglaterra, enviada a Alemania para ayudar a San Bonifacio.

Francisco Lecaros

Hugo Grados Klieka

* OCTUBRE *

16. Santa Edwiges, religiosa († 1243).
Santa Margarita María Alacoque, virgen († 1690).

17. San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir († 107).

San Isidoro Gagelin, presbítero y mártir († 1833). Sacerdote de la Sociedad de Misiones Extranjeras, muerto durante las persecuciones en Vietnam.

18. San Lucas, Evangelista.

San Amable, presbítero († S.V). Sacerdote de Riom, Francia, elogiado por San Gregorio de Tours por sus virtudes y dones de milagros.

19. Santos Juan de Brébeuf, Isaac Jogues, presbíteros, y **compañeros**, mártires († 1642-1649).

San Pablo de la Cruz, presbítero († 1775).

Beata Inés de Jesús Galand, virgen († 1634). Priora del monasterio dominico de Langeac, Francia. Ofreció a Cristo sus oraciones y sufrimientos en las intenciones de la buena formación de los sacerdotes.

20. Beato Thiago Kern, presbítero († 1924). Sacerdote premonstratense, ejerció el ministerio pastoral en Viena, Austria, superando con fortaleza la grave enfermedad que lo afectó.

21. XXIX Domingo del Tiempo Ordinario

Santa Laura Montoya Upegui, virgen († 1949). Religiosa colombiana, fundó en Medellín la Congregación de las Hermanas Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena.

22. San Donato Scoto, obispo († c.875). Noble irlandés que, deseoso de perfección, inició una vida de peregrinaciones. Fue elegido Obispo de Fiesole, Italia, cuando estaba en camino a Roma.

23. San Juan de Capistrano, presbítero († 1456).

San Teodoro de Antioquía, presbítero y mártir († c. 362). Muerto por orden de Juliano, el Apóstata, por negarse a renegar de la fe.

24. San Antonio María Claret, obispo († 1870).

San Aretas, príncipe, y **compañeros**, mártires († 523). *Ver página 31.*

25. San Antonio de Santa Ana Galvão, presbítero († 1822).

Beato Recaredo Centelles Abad, presbítero y mártir († 1936). Miembro de la Hermandad de los Sacerdotes Operarios Diocesanos, asesinado junto al cementerio de Nules (Castellón), España.

26. Beato Damián Furcheri, presbítero († 1484). Sacerdote dominico, fue un incansable predicador en las regiones de Liguria, Lombardía y Emilia, Italia.

27. San Evaristo, Papa († 108). Cuarto sucesor de San Pedro, gober-

nó la Iglesia de Roma cerca de diez años.

28. XXX Domingo del Tiempo Ordinario

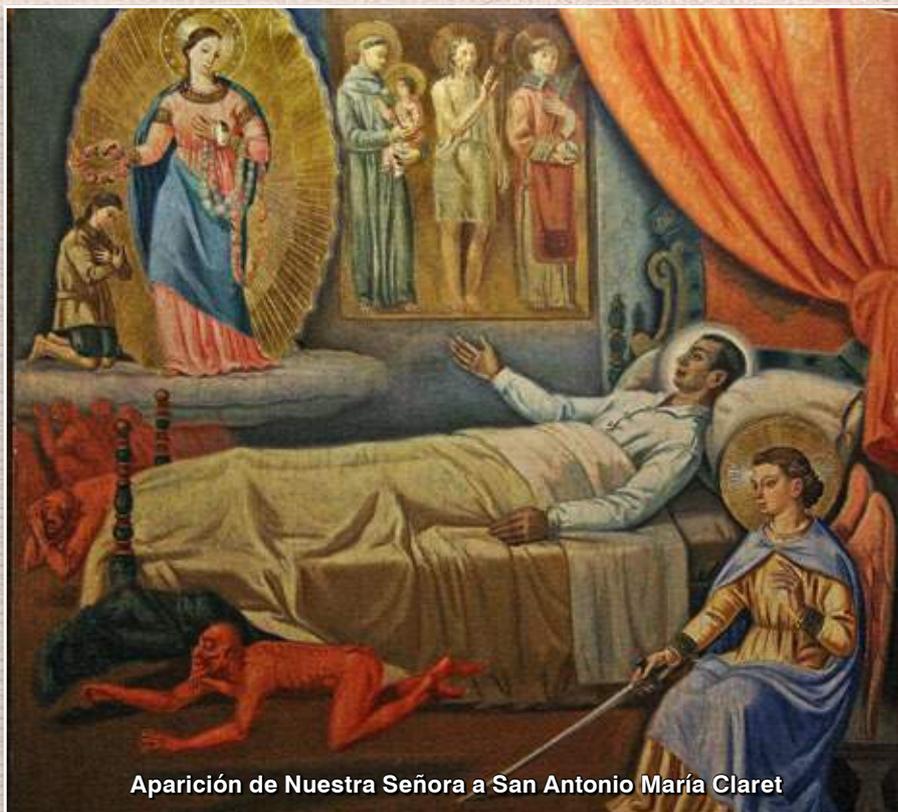
San Simón y San Judas Tadeo, Apóstoles.

San Germán de Talloires, abad († S. XI). Fundó y dirigió la abadía de Talloires, en Annecy, Francia.

29. San Narciso de Jerusalén, obispo († c 222). Modelo de paciencia y de fe. Fue elegido Obispo de Jerusalén a los 100 años de edad.

30. Beato Alejo Zaryckyj, presbítero y mártir († 1963). Sacerdote de la Arquieparquía ucraniana, atrapado en el campo de concentración de Dolinka, Kazajistán, donde murió.

31. Beato Domingo Collins, religioso y mártir († 1602). Hermano coadjutor jesuita, preso, torturado y ahorcado en Irlanda.



Aparición de Nuestra Señora a San Antonio María Claret



Importancia de la mirada



El hombre no se expresa apenas pronunciando palabras, sino también por el tono de la voz, por la posición del cuello y del tronco, por el movimiento de las manos. Entretanto, lo más importante es la mirada. Aquí está uno de los elementos de la verdadera educación que deberá nacer en el Reino de María, por la acción del Espíritu Santo.

La palabra expresa aquello que la persona quiere decir, mientras que la mirada proporciona lo inefable, lo inexpresable de lo que se está queriendo expresar. Así, hay una cantidad de cosas que la mirada dice y que la palabra no consigue decir.

Obra prima de retórica

Por ejemplo, un hombre que está necesitando pan; entra en una panadería y le habla al panadero: “¿quieres darme un pan?” La palabra dice: “estoy necesitando un pan, no tengo dinero para pagarle, ¿Ud. quiere darme?” Pero la mirada dice una serie de cosas a respecto del propio sujeto; lo que está sintiendo, cómo está sufriendo, como quien afirma: “Mire mi alma, vea la necesidad por la que estoy pasando, mire mi tristeza por esa causa, la humildad con la que se lo es-

toy pidiendo, y cuanta dureza habría de su parte en rechazarme. ¡Quiérame bien, porque lo estoy necesitando!”. Es lo que dice la mirada.

Por tanto, la mirada trae una cantidad de conocimientos por connaturalidad que acompañan a aquel simple pedido de pan, y son una justificación de ese pedido, y no serviría de nada la palabra, si por ejemplo, fuese dicha detrás de un biombo.

Es curioso, que cada actitud constituye una especie de obra prima de retórica, de la cual la persona no se da cuenta. Es algo confuso, pero es una obra prima: lo poco que el individuo puede dar en materia de retórica, lo presenta así, porque también la voz modula – un poco cantando – lo que los ojos dicen mirando. Y hay inflexiones de voz que dicen más que las meras palabras. Por ejemplo: “¿Ud. querría darme un poco de pan?” Hay mil

modos de modular este pedido, de manera que sin que el sujeto lo note, eso sea dicho de tal forma que el tono de voz complete lo que la mirada dice, y que forma parte del lenguaje de la connaturalidad, no del lenguaje del sentido lógico de la palabra.

Dentro de eso, son elementos complementarios la posición del cuello sobre el tronco y la del tronco sobre las piernas. Y la culminación del poder convincente está en la actitud de las manos. Si pidiese con la mano pegada a la espalda, es casi insolente y el pedido se dirige hacia un rechazo.

La curvatura: quien pide, raramente lo hace con el tronco erguido. No levanta la cabeza, ni el cuerpo; se necesita ser un gran jugador para levantar las dos cosas y hacer un pedido. Hay una cierta lógica cuando el sujeto sabe decir: “Vea esta miseria; vea el clamor de la injusticia de que

yo no tenga pan: ¡Démelo!”. Conforme las circunstancias, eso puede tener su valor de convicción.

Lo más interesante son las riquezas de la connaturalidad, por donde el hombre no percibe esto, y hace ese juego con mayor o menor éxito.

El regionalismo europeo

Y aquí entra una cuestión compleja: ¿Cómo formar a las personas para eso? ¿Cuál es la medida, el punto exacto para tratar las cosas, a partir de las cuáles se consigue formar sin quitar la autenticidad de los que se está formando? Es decir, civilizar sin sustraer la autenticidad del pueblo a ser civilizado, educar sin hacer del individuo un autómat. Hay algo que estimula la aseitas¹ y la orienta, según un movimiento que es de ella; el ideal es extrínseco a ella, pero el tropismo por donde se vuelve hacia el ideal es de ella.

Utilizando un ejemplo del reino vegetal, se trataría de estimular a la planta para tonificar su tropismo, más que a torcerla o estirarla en una determinada dirección. Es un problema muy delicado que incluso se aplica a los pueblos.

Doy un ejemplo: Antes de la Primera Guerra Mundial, ¿qué habría sido posible o conveniente decirle al mundo europeo, a respecto de la cuestión del regionalismo?

Si fijamos la atención en cómo era el mundo europeo de aquella época, en función del movimiento centrípeto nacional que venía tomando cuenta de aquellos Estados cada vez más centralizados, y del movimiento centrifugo regionalista de todas aquellas viejas regiones de Europa que estaban siendo trituradas, ¿qué sería posible decir para dar un golpe en ese centralismo e indicar el punto de equilibrio entre una cosa y otra?

Consideremos a un bretón. Según la idea que tengo, un bretón es un francés, pero de un tipo tal como no hay otro, y que debería ir engendrando notas cada vez más características. ¿Cuál es el punto ideal por donde el bretón es suficientemente francés para que haya una Francia verdadera, pero suficientemente bretón para ser un ciudadano de Bretaña?

¡Qué divagación agradable e interesante saldría si pudiésemos lanzar en aquél tiempo un mapa con todos los regionalismos, que son incontables! En España, por ejemplo, tórnense las Vascongadas. Yo les garantizo que en las Vascongadas existen particularidades, singularidades, etc. sólo falta que hayan de barrio a barrio dentro de la misma ciudad. Y ¡cuántas diferencias hay entre un granadino y un bilbaíno! Eso se ocultó, de eso no se habló, la literatura no trató de eso; esas diferencias eran tenidas como deformidades que deberían ser rapadas y liquidadas, y sería necesario hacer de Castilla el “monstruo” que deglutió España entera. Así tam-

bién lo fue Lisboa y toda Europa que estaba pasando por ese proceso. Con la guerra, naturalmente, eso se precipitó mucho más. Y qué cosa magnífica hubiera sido indicar el punto de equilibrio para que fuese la verdadera Europa; que eso que nace de la base continuase creciendo y floreciendo, según modelos locales, pero teniendo algo en común entre sí, que por supuesto competiría al país destilar. Y eso mismo que estoy diciendo es más didáctico que real, porque es demasiado arregladito y bonito para la sociedad orgánica. La sociedad orgánica es menos simple que eso; es más enmarañada, más mezclada que esa realidad que estoy pintando. Y allí está la vida.

Entonces, ¿cómo sería necesario tomar cada uno de esos pueblos, como un director de orquesta, toca aquí, allá, acullá, para que la sinfonía de los regionalismos auténticos se desprendiese de una Europa Verdadera? Es un problema muy bonito.

Estaba imaginando, por ejemplo, un archiduque de Austria que escribiese un libro para justificar la monarquía dual, y restregase en la cara de Europa lo siguiente: “Nuestra monarquía es más diferenciada que sus países. Uds. dicen que somos unos tiranos porque aplastamos los países, no permitiendo que se separen los que están bajo nuestra hegemonía. Uds. impidieron los nacimientos; ison necrópolis de niños! Coordinar los adultos que supimos conservar libres es mucho más difícil que ser administrador de un cementerio de niños”.

La esencia de la amistad es metafísica y sobrenatural

En lo referente a la mirada, a los gestos, el hombre debe ser educado como esas naciones, en esa correlación entre un tema y otro. Y si un niño tuviese, por ejemplo, una ins-



Archiduque Alberto de Austria.
Museo Quiñones de
León. Vigo, España.

Francisco Lecaros



EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DEL DR. PLINIO

titutriz que afirmase – la que yo tuve me lo dijo varias veces –: “Un hombre educado no gesticula con las manos, y por tanto, tú no eres educado, luego al menos, no digas que no te avisé”. Yo pensé en silencio: “Si no gesticulo, no soy yo mismo. Entonces, prefiero ser un mal educado antes que ser un bien educado pero que no soy enteramente yo mismo. Además, ella misma cuando se deja tomar por determinado tema, también gesticula. Y por lo tanto, esa ‘buena educación’ no sirve, sabré mover mis manos como yo quiero”. Mientras estoy diciendo eso, las muevo.

Tendría mucho miedo de escuelas que dijese así: “tres palmetas² en la mano por gesticular”. Entonces, paso todo el tiempo sin gesticular, pero me siento, irremediamente como si fuese un piano en el que una nota se quebró. Ahí se ve la dificultad de educar.

En el Reino de María, todo eso tiene que nacer por efecto del Espíritu Santo. Bajo ese punto de vista, saber educar, es algo muy delicado.

Por lo tanto, la mirada, no puede ser considerada aisladamente de las otras formas de expresión, pues el cuerpo entero, a veces sin percibirlo, completa su retórica. Sin embargo, las otras expresiones realzan la mirada, pero ésta es el punto maestro por donde todas las cosas hablan. Es decir, todo el resto se ordena en función de la mirada.

Ahora bien, ¿cuál es la relación entre la mirada y la palabra hablada? En un hombre que canta, su laringe es un instrumento musical, pero la mirada es propiamente la partitura de aquello que es cantado. La mirada agrega a la palabra lo que la partitura adiciona a la escritura; no es solamente la mirada, pero la mirada lo es preponderantemente.

Yo encuentro una dificultad en convencer a los demás a este respecto, pero es una verdad que está en el fondo de la cabeza de todo el mundo. Lo que hay de curioso aquí, es lo siguiente: Los hombres, fueron hechos para quererse y amarse unos a otros, pero con un amor metafísico y sobrenatural, que es el único verdadero, mediante el cual, conociéndose profundamente las almas unas a las otras, sintiendo consonancia y armonía, se quieren porque desean cosas en torno a las cuales son consonantes. Es decir, el fondo de la amistad es metafísico y sobrenatural.

Puede haber amistad natural, pero cuando ella existe verdaderamente está construida en torno a principios metafísicos no expresados. Y, por ejemplo, la amistad entre dos individuos que fueron educados juntos, de hecho se explica principalmente porque hubo una consonancia entre ambos.

E involuntariamente, dos mercaderes que están tratando en el mercado, o un hombre en un banco que presenta un cheque y otro le entrega el dinero, por tanto una operación puramente mercantil, sin darse cuenta, cuando se miran, uno busca en la mirada del otro, aquello que se encuentra en todos.

Diafragma de la máquina de fotografía

El punto de partida de toda nuestra sociología está en esto: cuando miramos así, cada uno de nosotros tiene un punto que es metafísico. El sujeto no sabe que es metafísico; a él se le pre-



Dr. Plinio durante una conferencia el 10/10/1992.

senta como un sentimiento del alma. Y, realmente, ese punto metafísico produce un cierto sentimiento de alma, pero por detrás de éste sentimiento hay una cosa metafísica en la que se siente un cierto aislamiento, porque toda alma padece por vivir aislada en este punto profundo, y pasa su existencia mirando a los otros y preguntando: “¿Ud. es así? ¿Ud. es quien yo buscaba?”

Es una cosa muy interesante observar dos personas que se ven por primera vez. ¡La vida, para quien sabe observarla, es interesantísima!

Será, por ejemplo, alguien que está atendiendo al público en una de nuestras sedes, y toca el timbre un integrante de la Asociación residente en otro país; los dos nunca se vieron. En la primera mirada ¿qué sucede? Siempre es una búsqueda.

A veces, también la hostilidad nace enseguida, porque hubo un rechazo. La hostilidad proviene del hecho de encontrar lo contrario, y a veces, sucede lo siguiente: el sujeto está particularmente desprevenido y con una esperanza subconsciente de que en el próximo toque de timbre va a encontrar una cosa más afable. Aparece un dinosaurio, y eso puede traducirse en un... “¿Así que usted?”

Pero esa búsqueda es así: hay una apertura análoga a la de un diafragma de máquina fotográfica que cierra y abre, según el sujeto mueve una pieza. En el ojo, la búsqueda es el diafragma que se abre.

Imaginemos un individuo que, al recibir la visita de otro, piensa: “Ese, para mí, forma parte del mundo del anonimato”, y pregunta:

– ¿Ud. qué desea?

El otro responde:

– Vine a cobrar una cuenta.

– Sí. ¿Ud. tiene el recibo?

¡Se acabó! La conversación comenzó con los dos diafragmas abiertos, como todas las conversaciones que inician y terminan tantas veces con los diafragmas cerrados.

En el fondo, todo aquello de lo que hablaba hace poco, la sinfonía de los gestos, del tono de las palabras, de la inclinación, etc., tiene como objetivo ese punto metafísico.

Así, para aquellos que deseamos que tengan con nosotros el diafragma cerrado, porque no hay intercambio posible, en toda nuestra actitud tomamos oposición. Y para aquellos en quienes buscamos alguna cosa, asumimos una actitud diferente.

Los restos de la inocencia

Y no creo, por más increíble que sea en pleno siglo XX, en el puro interés. Las personas pueden de hecho tratarse según un objetivo, pero esa búsqueda, en el fondo, condiciona – si bien no siempre de un modo decisivo – el trato humano de comienzo a fin.

Incluso un egoísta no tiene en vista solo el mero interés. Decidió entregar su vida a un interés, pero en el fondo de su alma tiene enmarañada, sufrida algo a la manera de una zona del alma que recibió un golpe y está comenzando a quedar infectada, gangrenada, el dolor de aquello que quería haber sido y no fue, que deseaba haber hecho y no hizo, y una cierta búsqueda de alguien que sea consonante con él, con lo que él quería haber sido.

El sujeto puede, por el más vil de los movimientos, tomar a una persona con quien él es enteramente consonante y darle un puntapié y decirle: “Si me hago su amigo, dejaré de ser un hombre de interés como yo quiero. Ud. para mí es una tentación. Voy a despedazarte.” Él no da ese puntapié a lo tonto, en vano, porque le acaba doliendo a él.



“Vendedora de frutas”. Museo Provincial, Pontevedra, España.

Y un individuo que orienta toda su vida de acuerdo a sus intereses, y que puede llegar a ser un banquero ideal, de repente hace una locura; es la explosión de aquella zona maltratada, esclavizada y ultrajada del alma, que muchas veces no es el lado malo, la que se subleva, es el lado bueno que sufre; son los restos de inocencia. ♦

(Extraído de conferencia del 5/6/1986)

- 1) Aseitas: del latín (*ens a se*). Término usado por la Filosofía escolástica significando el atributo divino fundamental que consiste en existir por Sí mismo (y que posee en sí mismo el principio de su existencia). El Dr. Plinio lo utiliza aquí en sentido análogo, significando características propias de cada pueblo relacionadas con su vocación.
- 2) Palmeta: instrumento que se usaba en las escuelas para golpear como castigo en la mano de los niños.



La convivencia de los Ángeles

Francisco Lecaros



Ángel con turíbulo - Catedral de Bolzano, Italia

La iconografía de los Ángeles del Renacimiento y del barroco, así como ciertas imágenes muy difundidas en el siglo pasado no representan auténticamente los espíritus angélicos; los de la Edad Media y los de Fray Angélico expresan la realidad. Los Ángeles están dispuestos en una jerarquía, en que los superiores relatan a los inferiores lo que han visto en Dios.

Al tratar sobre los Ángeles, debemos establecer antes algunos principios que nos ayudarán a profundizar sobre el asunto.

Monasterio del monte Saint-Michel

El primer principio que conviene recordar es el siguiente: la Providencia está permitiendo al demonio tener un atrevimiento y una amplitud de acción como jamás se vio a lo largo de la Historia. Es normal que tengamos muchas y variadas impresiones a respecto del pasado. La Historia narra los acontecimientos más

extraños, más censurables, más condenables. Entretanto, cuando comparamos esos acontecimientos con algunos que se dan en el mundo contemporáneo, vemos que el pasado era simplemente cristalino y encantador, inclusive en sus aspectos más censurables, en comparación con los lados reprobables del presente.

Hace dos mil años la Iglesia rinde culto a los santos Ángeles y, de vez en cuando ellos se aparecen y se manifiestan. Recordemos el Monasterio de Saint-Michel, en Francia, el cual visto en su totalidad es como que la fotografía, en piedra, de un espíritu angelical.

Aquella punta que se yergue, la abadía con sus varias construcciones, junto a aquel mar lleno de variedades, ora más mar que tierra, ora más tierra que mar, a veces restos de mar empozado en medio de brazos de tierra que se van secando y emergiendo en medio de todo aquello; y después se siente un viento aullando y silbando en la parte del mar que es siempre mar. En medio de todo esto el Monasterio de Saint-Michel de pie, solemne, tranquilo y firme, agarrando y dominando las rocas, mostrando a los mares la inutilidad de sus movimientos y con su flecha apuntando al cielo.

Como el espíritu humano conoce mejor las cosas por medio de contrastes, vamos a tomar ciertas nociones comunes y corrientes, poco precisas e infelizmente un tanto infantiles a respecto de los Ángeles, presentes en la mentalidad de todo mundo — oriundas de una apreciación muy sumaria del tema —, y transponerlas para lo que imaginamos de un Ángel. Así trataremos de tener alguna idea de aquellos Ángeles cuya venida e intervención esperamos. Queda así indicada nuestra meta, y nuestras almas, al menos por unos instantes, apuntarán a la hora de su venida, como la torre del campanario del Monte Saint-Michel.

Ángel gordiflón y despreocupado...

¿Cuáles son las ideas que existen a respecto de los Ángeles? El niño recibe y forma una noción sobre la figura del Ángel correspondiente a las ideas que sus padres — y también el párroco — tienen del Ángel. Sobre todo, el niño sabe de un modo instintivo y confuso que, en último análisis, el papá y la mamá ratifican con el sacerdote sus ideas sobre Religión. De manera que juzga más o menos subconscientemente que toda estampa, toda medalla, toda figura que represente a un Ángel, representa la

enseñanza de la Iglesia Católica sobre el Ángel.

Entonces debemos reportarnos a las imágenes, a las estampas, a las cosas habituales a respecto de los Ángeles — y que no son muchas. Podemos pensar un poquito también en los magníficos Ángeles de la Edad Media, pasando muy rápidamente por los Ángeles del barroco. Consideremos, en primer lugar, cómo los Ángeles eran presentados en nuestra infancia.

Había dos casas en São Paulo, en el centro viejo, que vendían relojes, algunas joyas y objetos religiosos de lujo: la Joyería Michel y la Casa Benito Loeb. Aquella imagen del Corazón de Jesús que hay en mi residencia, por ejemplo, fue comprada en una de esas tiendas. Yo recuerdo que la comercialización de artículos religiosos para niños de mi tiempo, era

realizada por esas dos casas. Y eran, en general, fábricas francesas que enviaban esos objetos a São Paulo.

Entonces, me recuerdo de un medallón que representaba un Ángel y que me llamó mucho la atención. Era circular, bueno para regalarle a una señora que acaba de tener un hijo, para colgarlo en la cabecera de la cuna; para agradar a un bebé de tres, cuatro, cinco años que está de cumpleaños; adecuado también para darle a un niño un poco mayor que recibe la Primera Comunión. No recuerdo más si ese medallón era mío o de mi hermana o de alguno de mis primos. Sé que ese medallón convivió conmigo. Y en la intimidad de una infancia entre parientes, en que la propiedad individual existe confusamente y los objetos son intercambiados, y que pasan del cajón de uno a la mano del otro, en ese remolino, tengo la impresión de que acabé siendo mío, pero no estoy seguro.

Era un Ángel tipo, todavía, *Belle Époque*¹: gordiflón, con el rostro lleno, cabellos ligeramente ondulados, brazos bien rollizos, rellenos, y una cara de entera tranquilidad, inclinado sobre algo que era como que la base del medallón, tendiendo un poco al tedio, incapaz y sin deseos de cualquier esfuerzo. Como quien mira desde una terraza hacia un punto vago, sin inte-



Monte Saint-Michel, Francia



rés en la escena que se desarrolla abajo y dice: “¡Yo ya combatí en mi batalla y ahora estoy aquí gozando; usted arreglélas como pueda!”

Recuerdo que yo miraba al Ángel y me venía al espíritu una leve perturbación, en el siguiente sentido: “Si un Ángel es así y conociera bien el interior de su alma, no concordaría con usted; porque usted tiene a respecto del Ángel unas ideas que esta imagen no simboliza. Luego, o esas ideas son contra la realidad de lo que es un Ángel y usted está equivocado, o ellas coinciden con la realidad; pero entonces el que está incorrecto es aquel Ángel y, por tanto, alguna cosa no encaja bien en esto.” La salida era, naturalmente: “Yo voy a indagar.” Y miraba, miraba, miraba para ver si encontraba en el Ángel alguna cosa que tuviese relación con eso.

...o sentado sobre una nube y tocando harpa

Entonces, una primera idea a respecto de los Ángeles: vida ya reali-

zada, sin futuro, en una eternidad sin grandes atractivos, con un cierto fondo de aburrimiento. ¡Esfuerzo, no! Pero otros cuadros, otras cosas de un arte religioso que ya caminaba a grandes pasos hacia su decadencia, afirmaban eso.

Por ejemplo, cuadro clásico, tantas veces comentado entre nosotros: Ángeles sentados encima de nubes, sobre un cielo azul, tocando harpa. ¿Cuándo acabará de tocar el harpa? ¿Cómo es que esa nube no se hunde?

Al final se tiene la impresión de que ellos estaban pintados con una cara animada, a manera de personas muy bien educadas que estaban atravesando por una etapa de tedio, con aire distraído, pero que en el fondo estaban fastidiados...

Por otro lado, está la idea recta, insinuada, de que ellos son de una naturaleza enteramente superior a la nuestra, presentados en carne y hueso apenas porque el arte no puede pintar el puro espíritu, pero que gozan de la presencia de Dios y de la familiaridad en los inefables del Altísimo y que son

muy bien intencionados, muy bien dispuestos en relación a los hombres. Listos a ayudar, a socorrer.

Me hice adulto y las imágenes de Ángeles se fueron repitiendo dentro del mismo estilo. Recuerdo una estampa impresa, bastante popular colocada en el locutorio de un convento que frecuenté mucho, representando un chiquillo atravesando un puente, y el Ángel de la Guarda, por detrás, tomando actitudes para que no se cayera del puente, con una solicitud, un desvelo extraordinario.

Yo miraba y pensaba: “Esa imagen insinúa, sin afirmarlo explícitamente, que el Ángel se preocupa mucho para que el chiquito no se quiebre la pierna, pero de que no peque y ame verdaderamente a Dios, no estoy viendo mucha preocupación. Es más o menos un vigilante. ¿Dónde está el celo del Ángel por la causa de Dios?” No formulaba esto a la manera de censura, sino de perplejidad. Era algo que no encontraba. Entonces, suspendía mi juicio y decía: “No, después veremos.”

Los Ángeles de Fray Angélico

Algo importante en mi vida fue mi encuentro con los Ángeles de la Edad Media y, sobre todo, con los de Fray Angélico. Y reflexioné: “Aquí hay algo con otro pensamiento, otra altura, otra clase, diferente de aquellos Ángeles que había visto, de una iconografía decadente. Ahora, como Fray Angélico es beato, todo lo hizo bien”.

Pero ahí venía otra perplejidad: los Ángeles de Fray Angélico, los de mis recuerdos, están siempre en la bienaventuranza eterna, expresada, es verdad, de una manera perfectamente delicada, noble, sobrenatural, de conmover el alma. Y fue ese el aspecto de los Ángeles que Fray Angélico quiso presentarnos. Yo puse en una de nuestras salas más nobles cuatro copias de Ángeles pintados por él, y me alegro que estén



allá. Corresponden a la imagen que yo tendría a respeto de un Ángel.

¿Pero sólo en aquella postura? ¿No hay otras? ¿No relucen en los Ángeles también otras perfecciones que mi alma busca hace mucho tiempo? ¿Cómo son esas perfecciones?

Apenas una idea me quedó en el espíritu: ¿Por qué Fray Angélico los pinta así? El mismo vivió en un período en que la Edad Media ya iba caminando hacia su decadencia, y el heroísmo de los guerreros medievales tenía cualquier resto aún de ferocidad salvaje. Europa iba a hundirse, en breve, en lo que se llama la anarquía feudal, o sea, la explosión de rebeldía de los señores contra sus reyes, de los señores menores contra los señores mayores y una disputa tremenda de unos contra otros, en parte, un fermento de ferocidad revolucionaria que comenzaba a crepitar, y de otro lado una disposición de alma para la lucha que había sido llevada más allá del meridiano común.

Naturalmente se comprende que Fray Angélico no podría presentar a una humanidad así, unos Ángeles en plena acción de batalla, pues acabaría por incitar a algo que no convenía estimular. En aquel tiempo, los Ángeles deberían inspirar mansedumbre, ser distendidos, convidando a la dulzura. Así como San Francisco Solano que tocando el violín tranquilizaba a los indios del Perú; y se comprende que el Santo no les enseñara marchas guerreras, pues ellos ya tenían aquello burbujeando en exceso. Así se entiende porque Fray Angélico pintó de esa forma sus muy admirados Ángeles.

Ángeles del Renacimiento

A veces vemos pinturas o esculturas de Ángeles del Renacimiento — y del Barroco, continuador en algunos sentidos del Renacimiento — y no sabemos si representan cupidos paganos... Hubo el caso de un gran pintor del Renacimiento, a quien un

romano famoso le encargó un San Juan Bautista increpando a los fariseos. El artista dijo que tenía uno casi terminado y podría entregárselo en poco tiempo, digamos en diez días. De hecho, pasado ese plazo, el cuadro estaba terminado.

¿Cómo se explica que un cuadro, que exige mucho tiempo para pintarse — no debido a las pinceladas, sino porque se debe reflexionar en cada trazo, pues se trata de una verdadera composición —, estaba listo en diez días?

Él había pintado un Baco, el Dios indigno del vino y de la borrachera. Como no encontró comprador, le pintó por encima una piel de camello para cubrir un poquito a Baco y, con la misma expresión de fisonomía del Dios de la borrachera, lo presentó como siendo San Juan Bautista.

Se comprende perfectamente que Ángeles concebidos en esa escuela de arte no tengan nada de católico. Son una deformación del concepto de Ángel.

Entonces, debemos dejar de lado esas nociones, conservar en la re-

tina los Ángeles de Fray Angélico y preguntar: Si uno de esos Ángeles se enojara, ¿qué expresión fisonómica tomaría? ¿Colocado frente al mal, a la Revolución, que aspecto tendría?

Esto nos podría dar alguna idea de cómo sería un Ángel, caso lo viésemos. Así preparamos nuestro espíritu para una reflexión sobre cómo debe ser un Ángel.

El cuerpo impone limitaciones al hombre

¿Qué nos dice la Doctrina Católica sobre los Ángeles?

El hombre tiene miserias de toda clase y, cuando se vigila mucho a sí mismo, las mantiene encadenadas y presas; pero sólo se librarán de ellas en la resurrección de los muertos cuando haya ido al Cielo, esté con su integridad perfectamente en orden y los efectos del pecado original sobre él hayan desaparecido completamente, y sólo se incline hacia el bien. Entonces ya no estará dividido. Realmente el hombre vive dividido y, por causa





de eso, vacila, duda. A veces es pro-
penso a querer una cosa, a veces a
desear otra; él necesita, casi, de
cosas contrarias para encon-
trar su equilibrio.

Yo estoy en una silla con
dos brazos y un espaldar.
¡Cuánto representa es-
to en materia de limi-
tación humana! Ne-
cesito apoyarme, ora
sobre la derecha, ora
sobre la izquierda,
ora en las espaldas;
necesito un apoyo
variado el tiempo
entero. Es una nece-
sidad del cuerpo que
simboliza las vacila-
ciones, las limitacio-
nes y las miserias del
alma humana.

Peor. Si el hombre
apenas dudara... A veces ti-
tubea y falla, duda y peca. Y
a veces ni duda, idelibera y pe-
ca! ¡Hasta allá llegan las cosas!

Considerando esta situación po-
demos hacer una comparación con el
Ángel. Este, por no estar unido a la
materia, no tiene las limitaciones que
la materia nos impone. ¡Cuánto la car-
ne limita y condiciona al hombre: bue-
nos y malos humores, nervios, etc.!

Evidentemente, la carne no es
mala; ella es buena, porque es una
criatura de Dios. “El Verbo se hizo
carne y habitó entre Nosotros” (*Jn 1,
14*). ¡Está todo dicho! Cualquier crí-
tica que se haga de la carne expira ya
en su inicio, al pie del monte de ésta
afirmación. Por tanto, estoy lejos de
hablar contra la carne, yo la respeto.

“No desprecies tu propia carne”

Me viene a la memoria el siguiente
hecho. Había antiguamente en la re-
gión central de São Paulo muchos sa-
lones de lustrabotas, y fui a uno loca-
lizado en la Calle da Quitanda. Mien-



tras el muchacho lustraba mis zapatos,
yo estaba distraído, pensando en otras
cosas. No sé si yo no ponía el pie en
el lugar adecuado, pero en cierto mo-
mento noté que las dos manotas del
lustrabotas cogían mi pie y lo colocaban
sobre su pierna, para lustrar el zapato
ahí, bajo su control. Cuando percibí que
mi pie pisaba sobre la pierna del limpiabotas,
tuve un sobresalto y pensé: “¡No se hace
eso con la carne humana! Se trata de un
simple lustrabotas, ipero es un hombre!
Y el respeto a la naturaleza humana debe
llevarme a quitar el pie de su pierna.”

Miré al lustrabotas y noté que sería
un verdadero duelo, porque él quería
terminar el trabajo y no estaba pensando
en su pierna, sino en los zapatos que
necesitaba lustrar. Era una lucha en la
que yo no vencería, pues él era quien
agarraba mi pie. Enton-

ces pensé: “Bueno, es problema de
él; si el lustrabotas me obliga, es él
que me está faltando al respeto y
no yo que estoy pisando en él.
Él quiere ser pisado.”

Pero quedé con esta
pregunta en mi espíritu:
¿Cuál es el principio en
virtud del cual mi re-
acción fue recta? Al-
gún tiempo después
me llegó a las ma-
nos, por circunstan-
cias fortuitas, una ci-
tación de la Escritu-
ra: “No desprecies
tu propia carne” (*Is
58,7*). Yo dije: “¡Vea!
¡Ahí está justificada
mi reacción en el caso
del lustrabotas!”

Yo no podría despre-
ciar la carne humana; no
era mía, pero es la carne
de la cual también soy he-
cho. No puedo despreciar mi
propia carne. Por eso no tengo
derecho de pisar en otro hombre, y
así debemos respetar la carne.

La gracia prepara el alma para que sea el reflejo de Dios

Más allá de la carne, hay otro factor
que condiciona el espíritu humano: la
Gracia. Esta es una participación crea-
da en la vida divina que a cada uno le
da luces, pensamientos, reflexiones, de-
seos, inspirados por el propio Dios en
nuestra alma y así Él, con mucha deli-
cadeza, prepara el alma humana para
que sea su propio reflejo.

Así, la gracia respeta nuestra fra-
gilidad, nuestras limitaciones; ama
esa naturaleza humana, compues-
ta de alma y cuerpo, que sería la na-
turaleza humana de Nuestro Señor y
la de Nuestra Señora, Reina del Cielo
y de la Tierra. Dios, por medio de
la gracia, de un lado, y del cuerpo,
de otro lado, hace con que el alma, si

se deja conducir, se eleve a altas consideraciones, piense en cosas nobles, su voluntad adquiera fuerza; el hombre puede hacerse santo, aunque sea muy escaso de inteligencia.

Hubo un santo famoso por su falta de inteligencia: San José de Cupertino, que vivió en Italia. Era muy poco inteligente, pero daba consejos tan atinados que se hacían peregrinaciones hacia el lugar donde vivía. Hacía milagros a chorros y continuamente. Es la gracia que superando o complementando lo que la carne no consigue, hacía de él esta maravilla de Dios: ¡un hombre de grandes horizontes, pero burro!

Era necesario que esto existiera en el orden de la creación, y así comprendiéramos bien lo que es la limitación, la fragilidad y el esplendor del hombre.

Alguien dirá: “Dr. Plinio, yo veo limitación y fragilidad, pero esplendor no estoy viendo...”

Al encarnarse, Dios quiso honrar toda la Creación, y por eso tomó la condición de aquel tipo de seres que reúne los dos extremos de la Creación. El hombre, en cuanto ser espiritual toca en el Ángel, y en cuanto ser material roza con el animal, con

la planta y con la piedra. Él es un resumen de todo lo que Dios hizo.

¿Quién es capaz de ver el mar sin encantarse especialmente con aquella orla donde parece que está tocando el cielo? Ahora, ¡este es el hombre! es un horizonte compuesto.

No deja de ser verdad que todas las cosas brillan por causa del Sol, y si el hombre es el conjunto de cuerpo y alma, lo que tiene de más noble, más luminoso, más bello es el alma humana, elemento espiritual que nos asemeja a los Ángeles. Sin embargo, ellos son de tal modo que cada Ángel es por naturaleza distinto de otro. Puros espíritus y tan desiguales entre sí, que son como especies o géneros diferentes.

Relato de los Ángeles superiores a los inferiores

Los Ángeles están dispuestos perpendicularmente en jerarquía. Cada superior ve mejor, quiere con más fuerza, ama con más ardor, combate con más eficacia, su alabanza tiene más resonancia, su presencia más calor, su misión más gloria que la del ángel inferior.

El gráfico verdadero de los Ángeles no sería una pirámide que recuesta su base en otra pirámide y así sucesivamente. La perspectiva sería un hilo luminoso de puros espíritus, que llega hasta el lugar donde nadie llega, ni ellos mismos: el trono de Dios.

Y en el ápice — ¡pero tan alto en el ápice, que no tengo palabras! — está Nuestra Señora. Nuestro Señor Jesucristo es la segunda Persona de la Santísima Trinidad encarnada. Su naturaleza humana está unida a la divina por la unión hipostática. Nuestra Señora es una simple criatura. Ella está en la cumbre con relación a los Ángeles, que cantan deslumbrados sin que puedan entender enteramente.

Pero ellos, a lo largo de este hilo esplendoroso, tienen conjuntos. Uno es el de los Serafines, otro de los Querubines, después los Tronos, las Dominaciones, las Potestades, las Virtudes, los Principados, los Arcángeles y los Ángeles. Estos son denominadores comunes dentro de los cuales hay una jerarquía. Cada Ángel ve a Dios cara a cara, no obstante los más elevados narran a los inferiores sobre el Omnipotente aquello que no les fue posible ver. Entonces el más alto le dice al in-



Morro Dos Hermanos en Fernando de Noronha, Brasil



ferior, con amor y solicitud: “Príncipe, hermano mío, vi tal cosa y tal otra.” Y el que recibe la noticia se la cuenta al que está más abajo: “A ti, Príncipe, hermano mío...”, y así corre el mensaje, la información celestial. Cada cual habla con el de más abajo y le cuenta lo que los Ángeles más elevados le dijeron y lo que él mismo vio de Dios.

De tal manera que cuando llegue a la base — ¡Cuánto más arriba que nosotros! —, esta recibe un caudal de comunicaciones, de enseñanzas, de estímulos, de ennoblecimientos, y canta la gloria de las jerarquías superiores como un modo de cantarle a Dios. Y todo el afecto, todo el respeto que desciende, sube a la manera de una acción de gracias y de alabanza.

Es la eterna coexistencia entre los Ángeles en que, a pesar de ver a Dios cara a cara, cada Ángel es una razón de enorme alegría para el otro, y la corte angélica nada en sus alegrías eternas.

Vivir es sentir añoranzas de los pináculos

Debemos recordar de paso, que existen vacantes en esa corte, y que serán almas de seres humanos las que llenarán esos lugares. Y está, por ejemplo, la tesis profundamente simpática de que San José hace parte del coro de los Serafines. Él está en lo más alto, más alto, más alto que pueda existir, ipues es el esposo de la Santísima Virgen!

Así, esas vacantes son ocupadas por los plebeyos de la Creación, ennoblecidos por los designios de Dios, por la Iglesia Católica y por la gracia. Y en la Tierra, a través de los tiempos, los elegidos para eso, tal vez sean todos los hombres, no se sabe bien cómo se realiza esa distribución, van siendo promovidos para ocupar aquel trono que los espera en el Cielo, según los planes de Dios.

Nunca percibí en concreto, algo que me diera una impresión más es-

pecial de que algún Ángel me estuviera ayudando, pero sé que ellos nos auxilian, y les agradezco con toda mi alma ese auxilio. Estoy seguro que nuestros Ángeles de la Guarda tienen una especial preocupación por elevar nuestras almas al deseo de las cosas celestiales. No a la mera aspiración de llevar una buena vida en el Cielo, sino a un deseo de conocer las cosas celestiales, incluso independientemente de la felicidad que el Paraíso concede. Por eso es que Santa Teresa — bien española en su santidad — le decía a Dios: “¡Aunque no hubiese Cielo yo te amara, y aunque no hubiese Infierno te temiera!” Es así que debemos concebir el Paraíso.

Para considerar bien las cosas del Cielo, necesitamos observar las cosas de la Tierra, creadas por Dios a la manera del Cielo. Ante todo la Iglesia Católica y después los diversos seres materiales.

Es indispensable que tengamos un talante de alma tal, que por una selección bien realizada, conozcamos lo que debemos conocer, mirando siempre al punto más alto que aquello conduce. Éste es el movimiento de nuestra alma para el Cielo.

Tengo certeza de que el Ángel de la Guarda de cada uno de nosotros ayuda especialmente en eso.

Un alma angeliforme, consonante con su Ángel de la Guarda, es aquella que en cada circunstancia procura lo que hay de más alto, y vive a la búsqueda de lo más elevado.

Entonces, debemos creer que nuestros Ángeles de la Guarda quieren eso de nosotros, y que sólo formaremos una unidad con ellos, si toda nuestra vida se orienta hacia lo más alto. Para que el alma sea así evidentemente se necesita la ayuda de los Ángeles. Yo agradezco esto, desde el fondo del alma, a mi Ángel de la Guarda, a Nuestra Señora y a Dios Nuestro Señor, de Quien parte todo el bien que la Santísima Virgen distribuye. Vivir no es comer, beber y dormir, pasear, vegetar. Vivir es sentir esas añoranzas de los pináculos. ❖

(Extraído de conferencia del 6/12/1980)

- 1) Del Francés: Bella Época. Período entre 1871 y 1914, durante el cual Europa experimentó profundas transformaciones culturales, dentro de un clima de alegría y brillo social.



Santa Teresa de Jesús - Iglesia de Santa Teresa, Ávila, España



San Aretas, Firmeza y grandeza

El coraje y la firmeza de San Aretas ante el martirio hacen relucir otra maravilla más de las producidas por la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana en los pueblos que se colocan bajo su maternal dominio.

En el libro de Fray José Pereira de Santana, “Los dos Atlantes de Etiopía”, encontramos algunos datos biográficos de San Aretas. Se trata de una prédica del santo a los católicos de la ciudad de Najran, en Arabia Saudita, antes de ser martirizado por el tirano Dun’an.

Invectiva llena de grandeza

Oídme inhumano Rey, doctores de la Sinagoga, apóstatas franitas, bárbaros confederados, cortesanos ilustres, y esclarecidos habitantes de Najran.

¡Esto sí es saber dirigir un apóstrofe!

‘Apóstatas’ es una palabra fuerte, de alta expresión. “¡Fulano es un apóstata!” Todo el horror de una apostasía se descarga en esos dos “tas”: “após-ta-ta”. Se tiene la impresión de que es algo que se cayó, que rueda en dos “tas”. Y que se deshace.

Un “apóstata franita”... da la impresión de ser alguien que se entregó a una de las herejías más ponzoñosas, seductoras, y al mismo tiempo digna de todo rechazo.

“Bárbaros confederados” es también una forma de ultraje, suena como si fuesen requintados en la barbarie; y de tal manera unidos a otros bárbaros que forman una como que cohesión de barbarie, una especie de ultra barbarie, mucho peor que todas las barbaries.

Entonces, los doctores de la Sinagoga, los apóstatas franitas y los bárbaros

confederados, todos juntos en un conglomerado inmundo, nefando y agresivo contra el santo que se encuentra solo. Va a ser martirizado, pero antes de morir dice lo que quiere. No le falta grandeza a esa introducción.

Cántico de coraje que transborda de fe

Y continúa:

Compañeros, amigos, parientes y otros cualesquiera de entre los circunstantes, seáis nobles o plebeyos, o católicos o infieles, oídme todos os lo suplico, pues hablo con todos. Bien pudiera decirnos que canto, si observareis que, por artificio de los años me convertí en cisne nacional, conservando el candor en la cabeza; en el corazón -sin temor a la muerte- la alegría.

Hay una leyenda que dice que el cisne canta cuando va a morir. Es su último canto, de una belleza maravillosa. La idea es muy bonita. Imaginar a un cisne que antes de morir emite un canto suavísimo, en que se expresa toda su “cisnicidad” transformada en sonidos que golpean en el agua, repercuten por los árboles





y mueren en el cielo. Es igualmente una cosa a la cual no le falta poesía.

Este santo dice que él es como un cisne, que antes de ser martirizado da su último canto. ¡Es de una belleza...! Es necesario ser oriental para saber hacer eso.

Dice lo siguiente:

Yo me convertí en cisne nacional pues conservé el candor en la cabeza; la alegría en el corazón, aunque no tenga temor a la muerte.

Él va a morir, pero es candoroso, puro, de albura brillante en su frente, en sus ideas y en su alma; él es alegre a pesar de que va a morir. Con esta alegría y con esta candidez va a emitir su canto de cisne, y es bueno que ese canto sea oído por todos.

Hablo primeramente contigo, oh Rey. Más que las fieras como ya te enrostré, eres inhumano. Respondiendo a las cien razones con que me acusas lleno de quejas, injustamente condenas: en verdad que soy según dices la causa total, motor y única cabeza de la firmeza de los najranenses, pero no de sus padecidos esclavos.

Despreciaron mi consejo, sin advertir que en proporción de mis canas era el más maduro. Peligraron pues en ese desprecio y en aquella resistencia se perdieron. De lo que persuadí siempre a todos fue que perseverasen llenos de confianza en la oposición, pues a pesar de que tus fuerzas son superiores a las nuestras, más fuertes que tus armas eran nuestros muros, y más inconquistables que éstos, nuestros corazones.

¿Con qué poder salió en otro tiempo a pelear contra tantos millares de madianitas un Gedeón? Pues si éste, porque el cielo lo amparaba, pudo vencer con tan pocos a tantos soldados, ¿qué razón había para que no triunfasen también los nuestros de tu poder, teniendo como segura del Señor del cielo la protección y más vigorosas fuerzas que las de aquel príncipe? No imagines que eres el autor del castigo que experimentamos: no eres más que un instrumento; por tus manos nos

Divulgación (CC3.0)



castiga Dios la temeridad de creer que sería fiel a las criaturas, quien además de ser traidor a su soberano, era más que un afrentoso rebelde a su Creador.

Lláname, oh tirano, guardián de la honra de Dios. A este Señor invoco justamente contra ti, viendo que despreciaste su ley, destruiste sus templos, profanaste sus altares y extinguiste finalmente a sus sacerdotes. Sabe pues que yo, a imitación del mismo profeta que a tantos reyes idólatras vaticinó la muerte, te aseguro que en breve serás de esta púrpura despojado y depuesto de la monarquía.

De suerte que, sin que quede de tus dominios parte alguna exenta, a todos sujetará Dios al etiópico imperio de Elesban. Este insigne varón y poderoso príncipe será el restaurador de nuestra derrotada cristiandad, prevaleciéndote de tal

modo en desagravio de Jesucristo contra ti, que por él verá admirada Najran sus iglesias nuevamente recuperadas, y a ti como soberbio edificio, sin que jamás sea reedificado, caído a sus pies.

Firmeza y resolución

Después de decir que iría a profetizar el canto del cisne, San Aretas dice al rey:

“Tú, oh Rey, eres peor que las fieras y, sin embargo, tienes razón cuando dices que yo soy la causa, motor y única cabeza de la firmeza y resolución con que los najranenses luchan contra ti.”

Se percibe por el texto que el Rey quiso quitar la fe a esos najranenses y que ellos resistieron. El Rey entonces apresó al santo porque él era la cabeza de la resistencia y él dice al Rey – como hombre que no tiene miedo de ser condenado–: “De hecho, yo soy la cabeza de la resistencia”.

Se percibe que los tales najranenses hicieron una resistencia excesiva. El trecho no es enteramente claro, pero da la impresión de que ellos fueron temerarios en la resistencia y padecieron mucho, y entonces San Aretas les recomienda que no debían resistir tanto. A causa de esto, el Rey lo acusaba de una resistencia excesiva de la cual no era culpable. El santo de hecho era favorable a la resistencia; pero una resistencia pacífica, una resistencia de carácter ideológico, mientras que los najranenses habían hecho una resistencia militar.

Sin embargo, no deja de alabar el coraje de su pueblo con una expresión muy bonita: que las armas del Rey eran menos fuertes que los muros de los najranenses y que sus corazones eran aún más fuertes que esos muros. Por lo tanto, que no había razón para que ellos hubiesen perdido esa batalla; pero que la perdieron como justo castigo que merecían, pues ellos habían confiado durante algún tiempo en ese Rey y que

el Señor hizo que los derrotase ese Rey impío. La confianza nunca puede ser depositada en un hereje. Un hombre que ha roto con Dios es un impío y en él no se puede depositar ningún tipo de confianza. Por lo tanto, el hecho se explica porque ellos depositaron durante algún tiempo su confianza en el Rey—esto se refiere a algún episodio anterior que tampoco se conoce— y esa fue la causa de que ellos fueran derrotados.

“Oh Rey, dice el santo, no imaginéis absolutamente que vencisteis” Fue Dios quien venció con su mano, castigando al pueblo. Pero este pueblo que había sido condenado por Dios por esa causa, iba a ser reedificado. Vendría un emperador de Etiopía, San Elesban, y habría de reconstruir toda la cristiandad y derribar al rey, de tal forma que no quedaría nada de su poder.

La misteriosa economía de Dios

Vemos entonces la economía de la gracia en el actuar de Dios. Un Rey impío, Eretas; un pueblo indolente y ordinario, pero aún católico. Dios quiso castigar la indolencia de ese pueblo católico, que consentía probablemente en tener a un Rey impío, permitiendo al rey perseguir al pueblo católico. Dios se sirvió del Rey impío como azote para flagelar al pueblo indolente. “Si fueses frío o caliente yo te aceptaría—dice la Escritura— pero como eres tibio te vomitaré de mi boca” (Ap. 3, 15-16).

Ese pueblo tibio fue azotado por Dios a manos del Rey impío. Pero el Rey hizo esto pues Dios lo *permitió* y no porque Dios *mandó*. Por esa causa él pecó y Dios tomó a un varón de su diestra, San Elesban, conduciéndolo victoriosamente hacia la derrota del rey impío. Con eso quedaron naturalmente derrotados los doctores de la Sinagoga, los apóstatas *franitas* y otras abominaciones del género, y

durante algún tiempo se reconstruyó la Cristiandad en aquellas regiones.

Donde la Iglesia entra todo florece

Al narrar este hecho yo no puedo dejar de llamar la atención a la maravillosa belleza de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Por toda parte donde Ella florece—desde que los hombres correspondan a su influencia—nace todo cuanto hay de mejor, en todas sus formas, grados y maneras. Es sólo que los hombres correspondan a su influencia y a su acción.

Etiopía, que después pasó siglos separada de la Cristiandad por falta de comunicaciones, cayó en la miserable herejía monofisita; pero hubo tiempo en que fue una nación verdaderamente católica. Aparecieron esplendores de la Fe católica en Etiopía como en cualquier otro país.

Ese episodio de San Aretas sería digno por ejemplo de la historia religiosa de España en sus mejores épocas. Por lo tanto, no es que España sea magnífica, ni que Etiopía sea magnífica, ni Brasil, ni Argentina, ni Chile, ni Uruguay, ni nada de eso. Magnífica es la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Donde la Iglesia entra, todas las maravillas, de cualquier género, de todos los modos y especies se multiplican de la manera más magnífica, desde que los hombres digan “amén”, digan sí a su influencia.

Sin embargo, si la Iglesia sale todo decae, todo rueda por tierra, y da en “apóstatas franitas”, en reyes que no sirven para nada, en todo lo demás... La verdadera fuente de toda grandeza, de toda belleza y de todo bien; de toda bondad, santidad y orden, de toda cultura, es la Iglesia Católica. Fuera de Ella, las cosas pueden nacer, formarse un poco... pero, o estancan o decaen.

Por ejemplo, la cultura de la China, de Egipto... al fin de cuentas, culturas extraordinarias. Se levantan, llegaron a un cierto ápice y des-

pues no progresaron más. Es la inmovilidad del Oriente parado y que se pudre por dentro.

Tomemos la cultura católica. Ella se levanta como una fuente en medio de aguas estancadas; solamente ella es agua límpida; incluso después de que la Iglesia Católica fue siendo extirpada del Occidente por la Revolución, en aquello que aún progresa, Occidente florece con la velocidad adquirida por el hecho de haber existido fe católica en él. Por esta razón debemos comprender que amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor de Dios, significa amar a la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana sobre todas las cosas, y amar a nuestro prójimo en la medida que él está unido a la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Gracia de admirar solamente lo que es según Dios

En conversaciones particulares yo inculco muchas veces la necesidad de la gracia de la admiración única, que es a mi ver, un elemento integrante de la gracia del amor de Dios. Es la gracia de solo admirar aquello que es según Dios. Esta gracia de la admiración única con relación a Dios, en el orden concreto de los hechos genera una admiración única a la Iglesia Católica. Todo cuanto es estimulado y llevado adelante por la Iglesia y recibe su influencia, es admirable: todo cuanto está fuera de esto, aunque merezca admiración, la merece con tantas reservas, y restricciones, con tantas condiciones, que prácticamente no da en nada.

Entonces se comprende ese encanto, esa pasión que se debe tener por la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, verdadera Patria de nuestras almas, prefigura de la Iglesia gloriosa, a la cual deberemos pertenecer en el cielo. ❖

(Extraído de conferencia del 24/10/1967)

Molduras que cantan

El arte de hacer jardines con una vegetación frondosa junto a edificios antiguos y venerables constituye un cántico a la eternidad de Dios y a la gloria impercedera de la Santísima Virgen María.

He visto muchas cosas bonitas, antiguas, en las cuales siempre me llamó la atención una en particular: la parte que dice respecto a los jardines.

El ajardinamiento constituye una moldura dentro de la cual se dan los acontecimientos. Y yo, aunque no entienda nada de plantas, tengo alguna práctica en hacer comentarios al respecto de ambientes y costumbres.

Bajo este punto de vista, procuraré explicar el papel de la vegetación para la ambientación, no solamente de un edificio, sino también de los que en él viven. ¿Qué es el arte del ajardinamiento?

“Huyendo” a los jardines de Versailles

No puedo olvidarme del verdadero encanto que sentí cuando por primera vez tuve una fotografía global del palacio de Versailles. Era una especie de fotografía aérea que daba una vista panorámica del jardín.

Me acuerdo que yo tenía una postal representando esa escena, en mi bolso en el Colegio San Luis. Y en las largas horas en que estaba obligado a estudiar cosas interesantes, pero también cosas no interesantes, una de las formas de “huir” era levantar la tapa de mi escritorio y quedarme mirando las fotografías de los jardines de Versailles, las alamedas, etc. ¡Yo quedaba encantadísimo con el jardín!

Diversas formas de belleza en un jardín

Siempre me atrajo la atención el hecho de que cuando hay un palacio o una iglesia, y a su alrededor un jardín, existe un elemento inerte, que es el edificio, y un elemento mutable constituido por el propio jardín. Este va sufriendo modificaciones a lo largo de las varias estaciones del año; es alterable de acuerdo con lo que en él se planta, en fin, cambia enormemente.

Como todo edificio dura mucho más que la vegetación que lo circunda, las plantas tienden a envejecer a su alrededor, y por causa de eso tiene su propia vejez agravada por el envejecimiento de la vegetación. Un edificio se cubre, entonces, de altos árboles llenos de sombras – a veces estos árboles traen en el tronco la cicatriz de largas edades heroicamente atravesadas – y lo tornan más digno. Pero es una dignidad que se suma a otra dignidad; una vejez que suma a otra vejez, una penumbra que se acrecienta a la moldura de otra.

El cántico de la suma de las edades

Ahora, la teoría de la suma de las edades pediría que el edificio y el jardín presentasen todas las edades y, al lado de una venerable ancianidad, mostrasen el esplendor de una juventud repleta de lozanía.

Se comprende que haya un jardín sólo con elementos viejos, como determinados jardines de palacios italianos en que, por un inteligente descuido, los árboles hasta se pudren y caen, las aguas se estancan y surgen mosquitos... ¡Eso tiene una grandeza del pasado, que es una cosa fenomenal! Sin embargo, me causaba cierta mala impresión ver siempre el pasado circundado de cosas que hablaban de muerte. Y me parecía necesario que algunas formas de vegetación cercasen los edificios magníficos y antiguos de toda la lozanía de la cosa nueva.

En este sentido hay determinadas plantas encantadoras que tienen el aire de algo siempre joven, cuyas hojas parecen estar en su primera alegría saludando los primeros rayos del sol.

La visión de ese contraste me sugiere la siguiente idea: ¡cómo es bonito plantar, al lado de monumentos venerables y antiguos, vegetaciones nuevas y llenas de lozanía! ¡Cómo es bello que las edades, las fuerzas se sumen y que todas juntas canten la eternidad de Dios y la gloria imperecedera de Nuestra Señora!

Así deben ser las cosas, pensaba yo, y entonces concluí: si algún día me fuere dado disponer la ordenación de algún gran jardín de palacio, iglesia o plaza pública, haré que haya junto a lo antiguo – conservado en la fuerza convencida, desinhibida y afirmativa de su continuidad –, algo de nuevo que hable de una vida que emerge con pujanza en el momento mismo de su nacimiento. ❖

(Extraído de conferencia del 8/3/1980)



Snoopy Co. (CC3.0)



Sergio Holmann



Ricardo Castiello Branco



Nuestra Señora entrega el Rosario
a Santo Domingo de Guzmán.
Santuario de Lourdes, Francia

¡Una devoción de lucha!

¡Nuestra Señora del Rosario: la advocación es lindísima!
El Rosario hace de María Santísima la gran fuente de inspiración de nuestra meditación y el blanco inmediato de nuestra oración durante la meditación.

El Rosario es la devoción mariana por excelencia por causa del realce muy especial de Nuestra Señora que ahí se realiza.

La devoción del Rosario fue revelada por la Santísima Virgen a Santo Domingo de Guzmán, que estaba luchando contra una "lepra" que infectaba el sur de Francia y el litoral mediterráneo español: la herejía albigena.

Para vencer esta herejía, Nuestra Señora reveló el Rosario, que se convirtió en un símbolo del alma ortodoxa y devota de ella.

Aquello que mató el preanuncio de la Revolución, atrasando durante varios siglos la eclosión de la Revolución protestante, es también indicado por la Madre de Dios para atrasar el fin del mundo y conseguir nuestra propia fidelidad.

¡Por tanto, el Santo Rosario es una devoción de lucha!

Estamos en una época de lucha. Pidamos a Nuestra Señora que haga de nosotros luchadores enteramente suyos.

(Extraído de conferencias de 6/10/1966 e 12/4/1985)